La Rosa de Guadalupe

Historias de lucha y esperanza

Carlos Mercado Orduña

Prólogo de Raquel Levinstein

DIANA

A mis tres mamás:

A mi mamá María Herminia Orduña de Mercado,
incansable compañera de todas las batallas.

A mi mamá Esthela Marcelín Solís,
abuela inspiradora,

y a mi mamá Luvia Marcelín Solís,
por inducirme a la literatura.

PRÓLOGO

Es un privilegio para mí escribir el prólogo de éste que más que un libro, es un canto de esperanza y un camino de reencuentro con la fe, "la fe que puede mover montañas" y una coincidencia con el verdadero sentido del amor.

Al tener ocasión de leer cada una de las historias, los milagros y las transformaciones de vida que se realizan cuando, con profunda devoción, se invoca la intervención de la Virgen de Guadalupe, vinieron a mi mente los recuerdos de cuando tuve la oportunidad de transmitir desde la basílica de Nuestra Señora de Guadalupe, las clásicas y famosas mañanitas en el día de su santo, el 12 de diciembre. Estas transmisiones se realizaban a través de la XEW, "La Voz de la América Latina", cuando fui titular del programa radiofónico "Muy buenos días México".

Las imágenes que visten los recuerdos de aquellas madrugadas mágicas permanecen imborrables en mi corazón: había filas interminables de peregrinos que venían de todas partes de la República, incluso de diferentes partes del mundo, caminando enormes distancias, en un recorrido sin fatiga y velando en una noche sin sueño, una noche tan larga y tan breve, tan pequeña y tan eterna.

El templo se encontraba repleto, hasta su máxima capacidad; el atrio y las calles aledañas eran testigos y

partícipes del milagro del amor, la fe y la gratitud que traspasa fronteras y límites que la razón pretende imponer; en todos lados se respiraba algarabía, los danzantes no paraban de bailar para festejar y alabar a la Virgencita del Tepeyac.

En las filas, que parecían interminables, desfilaban personas que sin importar los días y las noches de constante caminata, los desvelos y la larga espera para poder entrar a la basílica y saludar a la Virgen, aun cuando solo fuera por un momento, mostraban en su rostro una mirada de infinita paz y gratitud, y se dibujaba una sonrisa, aquella que aparece fácil cuando se ha logrado una meta, cuando se ha vencido al cansancio y se ha conquistado un triunfo: ver a la Virgen aunque sea por un instante, felicitarla en su santo, pedirle tantas cosas y agradecerle otras tantas.

Unos le llevaban flores, otros frutas y legumbres, algunos cantos y danzas; ilusiones y esperanzas; algunos otros, quizá los más, culpas y remordimientos, florecitas grises, teñidas por el dolor y el llanto.

No cabe duda: esa noche era noche de fiesta y milagros, en la que la gente festejaba a la Virgen de Guadalupe, la que sólo por amor tiñó su piel del color de los mexicanos, y se hizo presente en el cerro del Tepeyac para recordarnos que ella, la Emperatriz de América, la Reina de México... está siempre con nosotros.

Por todo ello felicito, de todo corazón, a Carlos Mercado Orduña, a Televisa y a Editorial Diana, por este libro maravilloso que nos invita a voltear al cielo; y a ti, querido lector, te pido que te mantengas muy atento y con el corazón siempre abierto, porque tal

vez, a partir de la lectura de estas páginas, aparezca muy cerca de ti una rosa: La rosa de Guadalupe, la que puedes dibujar con tu imaginación y con la que la morenita del Tepeyac te recuerda que en tus aflicciones, desolación y angustia, nos dice:

¿POR QUÉ TE AFLIGES, ACASO NO ESTOY YO AQUÍ, QUE SOY TU MADRE?[1]

Que sea ella la que interceda ante el Padre y te bendiga siempre.

Tu amiga

RAQUEL LEVINSTEIN

[1] Esta frase aparece en el relato más importante de las Apariciones de Nuestra Señora de Guadalupe conocido como Nican Mopohuaque en náhuatl quiere decir "aquí se narra".

CARLOS MERCADO ORDUÑA nació dos veces, la primera en la ciudad de México, y la segunda en Tapachula, Chiapas, en donde creció y se desarrolló artísticamente, escribió cuento y teatro; fue el primer representante nominado al Premio Nacional de la Juventud. Escribió el libro de poesía Horas oscuras, premio a la Poesía Joven 1991, otorgado por el gobierno del estado de Chiapas.

De regreso a la ciudad de México, obtuvo la licenciatura en Ciencias de la Comunicación, una maestría en Cinematografía y otra en Contenidos. Colaboró en historias y producciones de televisión como Cuna de lobos, El extraño retorno de Diana Salazar, Bendita mentira, El secreto de Alejandra. Es coautor de la serie Tu historia de amor y Mi destino eres tú. Además, es autor de la telenovela Así son ellas y de más de 150 historias del programa unitario La rosa de Guadalupe, formato que es también de su autoría.

Este libro es su primera presentación en narrativa escrita.

EL PRIMER VIENTO

Escribí La rosa de Guadalupe en uno de los momentos más duros de mi vida, nada salía, nada. La vida está llena de apuestas, la mía sin duda alguna dependía de mi carrera. A esa carrera a la que aposté siendo muy niño y observaba las estrellas de mi cielo de Chiapas. Era un largo camino que recorrer, lo supe siempre. Estaba en la última frontera, la de Guatemala. (La primera es, no nos hagamos, la frontera con Estados Unidos) Estaba allá tan alejado de todo, tan lejos del sueño, de todo lo que quería. Desde entonces, desde los tres años de edad, comencé esa carrera acompañando a mi alma con una poderosa arma: la Esperanza.

Pero esa carrera se detuvo en un instante por circunstancias injustas y ajenas a mí. De pronto, y casi sin darme cuenta, estaba en el suelo. Fue un hachazo mortal el que detuvo mi tronco, como muchos otros hachazos que siguieron y que hicieron leña del árbol caído. Ah qué dolor. Nunca imaginé que todo el dolor del universo pudiera concentrarse en mi cuerpo.

¿Y la Esperanza? ¿Dónde se fue? ¿Por qué me abandonó? ¿Por qué me dejó tirado, inmóvil, catatónico, sin voluntad y sin alma? Desde ahí, volteé a ver a mi alrededor; transcurrían los dos últimos meses de 2005; cercana estaba esa elección de 2006, y pude ver que todos, todos, estábamos igual: en la lona. Todo era sur o norte, azules o amarillos, ricos o

pobres, ustedes o nosotros. Y lloré. Lloré por mí. Lloré por mi gente. Lloré por mi patria. Nos había abandonado la Esperanza.

Como pude, me levanté y mis pasos me encaminaron al lugar donde, he de confesarlo, siempre he sentido paz: una iglesia, pero no era una iglesia cualquiera, era la mismísima Basílica de Santa María de Guadalupe. Me arrodillé, recé. Subí a la banda para verla lo más cerca posible... "Ay mi muchachita, ayúdame, sólo tengo mi carrera y ya me la quitaron. Ayúdame a que algo se me ocurra, una telenovela, una serie o un programa que sea lo suficientemente bueno para volver, para recuperar la carrera que tan injustamente se me ha quitado..." Fue entonces cuando lo sentí por primera y única vez: un viento suave, limpio, fresco, reparador, surcaba mi rostro. Ah qué maravilla. Abrí los ojos y vi los rostros de tanta gente que, como yo, iban en busca de lo mismo: un milagro. ¿Cuántas historias no habrá? ¿Cuántas necesidades, anhelos, esperanzas? Tengo un programa de televisión. Regresé a mi casa y escribí. Reinicié el camino, un camino que también duró más de dos años para sacar adelante este nuevo concepto, pero ahora estaba más fortalecido que nunca, y con la ayuda de dos ángeles: Jorge Eduardo Murguía Orozco y Roberto Gómez Fernández que creyeron en el proyecto. El programa La rosa de Guadalupe salió al aire el martes 5 de febrero de 2008, y ha sido el proyecto más enriquecedor y reparador de mi vida, pues me devolvió la Esperanza perdida.

Ahora pongo a su consideración el primer libro (espero que sean muchos) de La rosa de Guadalupe. Como el programa, son historias, relatos de lucha y de esperanza; de fe y amor; de perdón y reconciliación,

de construir los milagros, porque éstos no vienen solos. Espero que les guste y que después de leerlo llegue hasta ustedes el viento de la Virgen de Guadalupe y se quede en sus casas un dulce aroma a rosas.

Desde lo más profundo de mi corazón, gracias.

CARLOS MERCADO ORDUÑA

SOY FELIZ CON LA HIJA QUE ME TOCÓ...
SOY FELIZ CON LA MAMÁ QUE ME TOCÓ...

SOY EMO

La luz de la tarde caía en el parque de La Noria. Una mano que lucía pequeñas pulseras en la muñeca dibujaba un ojo angustioso en la pared. "Tokio Hotel" y "Grita más fuerte" eran frases que una chica de largo mechón en el rostro escribía en el muro. Se tapó uno de sus ojos con el cabello, se alejó y se perdió en el bullicio de la ciudad.

Cerca del parque, una mujer joven volvía a su casa; dejó las llaves y las bolsas de tiendas departamentales con ropa y accesorios sobre la mesa. Tras tomar un breve descanso se dirigió al cuarto de su hija, quien escuchaba música, al principio tranquila y luego rabiosa.

—Dulce, hija, ya llegué —dijo la mujer, quien apenas un par de meses atrás había cumplido 35 años de edad.

La luz de la recámara estaba prendida y la música la obligaba a levantar continuamente la voz. "Esta niña siempre metida en su cuarto", dijo Liliana antes de tocar la puerta en la que había un letrero donde se leía: "Respeta mi vida". Cautelosamente, Liliana abrió la puerta.

—¿Qué no escuchaste que ya llegué? —dijo Liliana viendo a su hija pintarse una uña con el mismo marcador que había usado en la pared del parque.

—Al menos toca, ¿no? —respondió Dulce con fastidio.

Una vez dentro, Liliana observó con atención los nuevos pósters de My Chemical Romance y Tokio Hotel que colgaban en las paredes pintadas también con frases como las del parque.

—¿Qué es eso que pintaste en las paredes y en la puerta? —preguntó Liliana.

—Ay, ma, no empieces con tus rollos, ¿quieres?...

—¿Qué significa eso de "grita más fuerte"? —dijo Liliana con cara de extrañeza.

—No lo entenderías mamá... —contestó Dulce con fastidio.

—Si me lo explicaras, claro que lo entendería —dijo Liliana comenzando a molestarse.

—Dejémoslo así, no tiene caso... —contestó Dulce de manera terminante.

Liliana tomó aire y haciendo uso de su paciencia intentó tomar la mano de su hija.

—Hija, por favor. Estoy tratando de entenderte, pero tú no dejas que me acerque a ti.

—¿Para qué mamá? —dijo Dulce soltándose—. Siempre terminas regañándome y diciendo que todo lo que hago está mal.

—Sólo trato de orientarte —dijo Liliana—. Trato de decirte lo que es correcto para que no sufras.

—¿Sufrir? —dijo Dulce remarcando la palabra—. Sufre todo el mundo... La vida es sufrimiento...

—¿Cómo puedes decir eso? —contestó Liliana alarmada.

—Ya mamá, nunca me vas a entender, mejor salte de mi cuarto —dijo Dulce intentando terminar la conversación.

En ese momento Liliana sacó un paquete de zapatos de una de las bolsas que había traído. Se trataba de un par de tenis verde y blanco que había visto últimamente en los aparadores.

—Te traje los tenis que me pediste —dijo.

Dulce los rechazó.

—¿Verdes?, ¿me trajiste tenis verde limón? —dijo la chica que apenas había cumplido 14 años.

—Es un color que está de moda y se me hicieron muy modernos —respondió Liliana.

—¡Pero yo los quiero negros mamá! —contestó Dulce alterada.

—Ya tienes mucha ropa negra —interpuso Liliana—. Es tiempo de que uses ropa de otro color.

—Ahora resulta que me vas a decir cómo debo vestir —contestó Dulce metiendo los tenis a la caja—. Los quiero negros porque es el color que a mí me gusta. Mejor regrésalos, no me los voy a poner. Voy a parecer *fresa*...

Luego de insistir un rato, Liliana tomó la caja y salió de la habitación. Se detuvo un momento en el pasillo para reflexionar y regresó a la recámara de su hija con gran determinación.

—¿Entras otra vez sin tocar? —dijo la chica molesta.

—Dímelo de una vez —dijo su madre sin prestar atención a sus palabras—. ¿Eres *darketa* o eres *emo*?, ¡dime qué eres!

Frunciendo las cejas, la chica reaccionó violentamente.

—¿De dónde sacas eso? —dijo Dulce haciendo una mueca de asco.

—Lo digo por la forma en que te comportas y por lo que pintaste en la pared y en tu puerta —contestó su madre—. También te pintas las uñas de negro y encima mira cómo te peinas. No sé cómo puedes ver con ese fleco en la cara —agregó.

—Otra vez lo del pelo —dijo Dulce con impaciencia —. Odias mi forma de peinarme.

—No la odio, pero deberías tener un corte más... más...

—¿Más *normal*? —dijo la chica terminando la frase teatralmente.

—No se trata de tu cabello o si eres normal o no —respondió Liliana—. Se trata de que me lo digas: ¿eres *darketa* o *emo*?

—¡Ni una ni otra mamá! —respondió Dulce con un grito—. Vete y déjame en paz. ¡Yo no me meto en tu

vida, así que no te metas en la mía!

—¡Yo me meto porque soy tu madre y me preocupas! —dijo Liliana muy alterada.

—Mamá ¡ya no soy una niñita! Yo sé lo que quiero y lo que es bueno para mí. ¡Y ya salte de mi cuarto! —dijo Dulce mientras se llevaba las manos a la cara y su madre salía rápidamente de la recámara.

En su cuarto, Liliana puso las demás bolsas sobre una mesa y volteó a ver el cuadro de la Virgen de Guadalupe colgado en la pared, en donde lucía amorosa con su sonrisa maternal.

—Virgencita linda, ayúdame con mi hija Dulce. Sé que es joven y que tiene que empezar a vivir cosas nuevas, pero no la entiendo, por más que trato —dijo Liliana con un nudo en la garganta sin darse cuenta de que el pasillo comenzó a iluminarse y un hermoso aroma a rosas impregnó el aire—. Madrecita, te pido que Dulce me tenga confianza para que podamos hablar y me diga qué es lo que siente y piensa —continuó Liliana—. Es mi única hija y quiero entenderla para orientarla y pueda llegar a ser una buena muchacha. Ayúdame Virgencita. Te pido que me ayudes...

Antes de terminar, una rosa blanca apareció junto a la puerta de Dulce. Su color era extraordinario y su frescura idéntica a las que el indio Juan Diego llevaba en su ayate aquel 12 de diciembre de 1531.

A la medianoche, Dulce se levantó por un vaso de jugo. Había estado escribiendo una carta a su padre, quien hacía muchos años se había ido a trabajar a Estados Unidos: "Hoy, como siempre, te volví a

extrañar papá —decía la pantalla de la computadora— ¿Por qué te fuiste? ¿Por qué ya no estás a mi lado? Tal vez tú sí me entenderías y comprenderías lo que siente mi corazón. Sin tan siquiera pudiera saber dónde estás. Estados Unidos es muy grande y no sé en dónde buscarte. Ojalá que un día regreses para que ya no me hagas tanta falta. Luego te escribo papito... Te quiero..."

Al salir de su cuarto, Dulce vio la rosa tirada y admirándose por su belleza se preguntó si se trataba de un regalo de paz de su mamá. "¡Qué padre rosa!", dijo la chica, quien se dirigió al lavabo de la cocina para llenar un florero y poner la bonita flor en él. "En el agua estás mejor, no te vayas a secar rosita", dijo la niña regresando a su recámara con el florero y con el vaso de jugo.

Cerca de las nueve de la mañana del día siguiente, Liliana despertó sobresaltada, pues se le había hecho tarde. Antes de salir de casa, Liliana entró al cuarto de su hija, quien le había dejado un recado pegado en el espejo del tocador. "Te perdono ma. Gracias por mi rosa... Y que los tenis sean negros *plis*...", decía el papel. Liliana lo tomó y se lo guardó en la bolsa del saco. "Voy a llegar tarde a la junta", dijo apurada. Antes de cerrar la puerta, reparó en algo:

—¿Rosa? ¿Cuál rosa? —dijo sin darle demasiada importancia a su propia pregunta.

En la oficina, Liliana se encontró a Alma, su hermana, con la que dirigía una agencia de publicidad. Alma vio a Liliana más preocupada de lo normal.

—¿Qué tienes? —le preguntó Alma.

—Pues se me hizo tardísimo y Dulce se está portando de una forma que no la entiendo.

—Lo mismo me está pasando con mi hijo Iñaki ahora que empezó a ser "*skato*" —dijo Alma preocupada—. Todo el día está en la patineta, lee revistas de patinetas, duerme con la patineta, sólo le falta bañarse con la patineta...

—La juventud de ahora avanza tan rápido —dijo Liliana tomando unas carpetas que estaban en su escritorio.

—Eso mismo decía mi mamá cuando nosotras andábamos en nuestra moda Flans, ¿te acuerdas?

—Sí, pero no es lo mismo. Los jóvenes de ahora aprenden más rápido —contestó Liliana.

—Eso sí. Los niños ya nacen con la computadora bajo el brazo —dijo Alma—. Nosotras teníamos que ir a una biblioteca para investigar. Ahora nuestros hijos tienen acceso a tanta información por medio del internet...

Antes de recordar que los clientes las esperaban en la sala de juntas, Liliana murmuró al oído de su hermana:

—Yo quisiera poder hacer algo, pero no entiendo eso de las "tribus urbanas" y menos a cuál pertenece Dulce.

Liliana ofreció a todos una disculpa por llegar tarde. La junta duró casi tres horas. Cuando se despidieron de los clientes, las mujeres se dirigieron al baño para retocar su maquillaje, pues tenían que ir a la imprenta

a recoger los folletos de la nueva campaña. Frente al espejo, la conversación continuó:

—Ni insistas hermana —dijo Alma—. Dulce es *emo* y se le nota a cien kilómetros.

A esa misma hora, Dulce se encontraba con una amiga en el baño de una cafetería cerca de su escuela, aplastándose el cabello para que su fleco quedara sobre su ojo derecho.

—¿Mi hija es *emo*? —preguntó Liliana con una mueca de incertidumbre total mientras se pintaba los labios.

Dulce sacó de su mochila un delgado pantalón entubado de mezclilla negra. Al mismo tiempo, en la oficina, Alma le decía a Liliana:

—Por supuesto —dijo Alma—. El peinado de Dulce es común entre los *emos* y también todas esas pulseras que trae puestas.

Dulce, por su parte, se puso una pequeña camiseta negra con la imagen de una muñeca triste e inspeccionó el broche rosa que se había colocado en el pelo.

—Hasta no dudaría que vistiera de negro con pantalones entubados y playeras más chicas que las de su talla —dijo Alma agregando rimel a sus pestañas.

Dulce estaba lista. En la entrada de la cafetería, una anciana se asustó al verlas. Mientras ella y su amiga estallaban en risas, en el baño de la oficina, Liliana y Alma daban por terminada su plática.

—¿Cómo puedo estar segura que Dulce es *emo*? —dijo Liliana recargándose en el lavamanos.

—Mañana llévala a comprar los tenis que quiere y si escoge unos negros con calaveritas o algo así, yo no tendría duda, tu hija es *emo* —contestó con seguridad Alma.

En el parque, un grupo de chicos con pantalones entubados, playeras negras, cabellos alborotados y flecos caídos sobre los ojos, chocaban las manos y los puños en señal de saludo. Womita, un muchacho delgado de 16 años, y la mejor amiga de Dulce, conocida como Sportika, platicaban sentados en el piso.

—Qué onda —dijo Dulce, a quien todos en el parque conocían como *Zahorí*.

—Aquí esperándote —dijo Sportika.

—Vámonos a Los Sillones —dijo el chico, refiriéndose al viejo café donde acostumbraban reunirse—. Allá le seguimos a la plática, ¿no?

—Órale, va. Ahí se pone *chido* —dijo Dulce—. Ya les contaré los alucines que se trae mi *ruka*.

—Yo les voy a contar la bronca que traigo con mi *ruko*; casi me corre de la casa —dijo Womita.

En Los Sillones se daban cita los *emos*, uno de los grupos urbanos más numerosos del país, cuya filosofía consistía en expresar todas sus emociones al límite.

Los principales símbolos de los *emos* eran los corazones rotos, las calaveras y las estrellas color rosa,

por lo que procuraban mostrarlos en su ropa. También cambiaban sus nombres por unos ficticios. Así, Womita era un personaje de la serie de televisión *Viaje a las estrellas*, Sportika era una de las estrellas que se mencionaban en ese programa, y Zahorí, una mística sacerdotisa y pitonisa de tiempos antiguos.

Al otro lado del mismo parque, un grupo de *skatos*, chicos que gustan del deporte de las patinetas, hacían piruetas en las rampas que había colocado el gobierno de la ciudad.

—Estuvo de pelos ese salto que te echaste, no cualquiera mi Ulises —dijo Iñaki, el primo de Dulce.

—He estado practicando, y la próxima verán uno más fregón —dijo Ulises, el líder del grupo, quien acababa de cumplir los 15.

Al ver pasar a Dulce con sus amigos *emos*, uno de los *skatos* del grupo alertó a los demás.

—Otra vez esos *emos*. Ya me están cayendo gordos —dijo Ulises molesto.

—Bájenle, que con ellos está mi prima —dijo Iñaki.

—Pues dile a tu primita que se ande con cuidado, al igual que sus amigos —declaró Ulises.

—¿Para qué la agarraran contra ellos? Ni les estorban —dijo Iñaki.

—Pues a mí sí me estorban —contestó Ulises—. Cada vez hay más en el parque y tenemos que defender nuestro territorio.

Womita, Sportika y Dulce continuaban platicando, escurridos en sus sillones.

—Ya no aguanto a mi *ruko* —dijo Womita—. Todo el día se la pasa criticándome. Ayer estuvo a punto de cortarme el fleco.

—No manches. Ahora sí se pasó —dijo Sportika levantando las cejas sorprendida.

—No, si ya nos íbamos a agarrar a trancazos, si no es por mi *ruka* que nos separó... —dijo Womita.

—Pues eso no es nada —agregó Dulce—. Ayer mi *ruka* después de echarme todo un sermón, me salió con la jalada de que me compró unos tenis verde limón.

—Eso te pasa por no vestirte como te gusta frente a ella —dijo Womita—. Por eso te compra esas fresadas...

Sportika se sentó en el piso, justo frente a ellos.

—Yo les gano. Porque no sólo me tengo que chutar a mi *ruka*, también tengo que aguantar a mi padrastro. En cuanto mi *ruka* se descuida, el muy desgraciado se la pasa toqueteándome las piernas.

Dulce la miró con ojos sorprendidos.

—No manches, eso sí está grueso. Tú nos ganas...

—El mundo es un asco Zahorí —dijo Womita—. Lo mejor es taparnos los ojos y no ver nada —agregó mientras los tres se aplastaban el fleco para cubrir aún más su ojo derecho.

Un par de horas después, cuando se disponían a regresar a sus casas, Womita se acercó a Dulce aprovechando que Sportika había ido al baño. Dulce se percató de que el chico se había puesto nervioso.

—Ya dime qué es lo que quieres —dijo Dulce un poco tímida.

—Pues que sepas que me pasas y que quisiera *mamacear* contigo —respondió Womita con decisión.

En la cara de Dulce apareció una sonrisa.

—Pues tú también me pasas Womita —dijo la chica tocando nerviosa su pasador rosa.

—Entonces qué, Zahorí, ¿*mamaceamos*? —dijo el chico agarrándole la mano.

—Va, pero sólo un ratito porque tengo que regresar a la casa temprano para que mi *ruka* no se dé cuenta —contestó Dulce dándole un beso que luego se convirtió en varios más, hasta que fueron interrumpidos por Sportika, era hora de irse.

Dulce llegó a su casa, ocultó su ropa en el armario y se vistió con unos pants azules y una blusa del mismo color. Tomó un plumón y pintó un corazón rosa en el espejo de su cómoda. "Womita", decía. Más tarde llegó su mamá, quien como de costumbre subió a su cuarto. Liliana le tenía una sorpresa. La llevaría al otro día a cambiar los tenis que le había comprado.

—Tú escoges los que tú quieras —le dijo a Dulce ante la extrañeza de su hija.

Unos minutos más tarde, Dulce bajó a cenar. Después de un rato de charla, Liliana preguntó:

—¿La rosa que tienes en el cuarto es la que me dijiste en tu recado? —dijo Liliana mientras preparaba unas quesadillas.

—Sí, es la que dejaste en la puerta de mi recámara —contestó Dulce mientras se servía un vaso de leche.

—Yo no dejé nada —dijo su madre frunciendo las cejas extrañada.

—No te hagas —respondió Dulce terminándose el vaso de leche—. ¿Si no fuiste tú entonces de dónde salió?

—No sé. Pero no quiero hablar de eso ahora —dijo Liliana recargándose en la mesa—. Lo que me interesa saber es quién es o qué es eso de "Womita" que pintaste en medio de un corazón.

Molesta, Dulce explotó:

—¡Ya vas a empezar a meterte con mis cosas! —dijo la chica metiendo el envase de leche al refrigerador de mala gana.

—Contéstame Dulce —dijo Liliana. Dime qué significa eso de "Womita".

—¿Para qué quieres saber? —dijo Dulce.

—Porque me interesan tus cosas hija, con quién te juntas, cuáles son tus gustos. Seguramente es el nombre de algún muchacho, ¿verdad? —dijo Liliana sonriendo.

Ofendida, Dulce salió de la cocina dando gritos.

—¡Pues no lo vas a saber nunca porque está escrito en un lenguaje que nunca vas a entender!... Nunca sabrás qué o quién es Womita. ¡Nunca!

Una escena semejante se desarrollaba en casa de Alma.

—¿Dónde estabas jovencito? —dijo Alma a Iñaki, quien puso su patineta junto a la puerta.

—Ay, ma, no empieces con tus preguntas... —le contestó el chico haciendo una mueca de disgusto.

—Entonces llega a buena hora a tu casa —dijo Alma —. No es posible que estés tan tarde en la calle.

—Pa' que te enojas si ya estoy aquí —le dijo el chiquillo poniendo su patineta cerca de las escaleras.

—"Para qué te enojas" —dijo Alma remedando a su hijo—. A palos debería de agarrarte para que aprendas a obedecer...

—No digas eso. Tú no eres así mamacita —le dijo Iñaki con cariño—. Ya no te juntes con mi tía que te da malos consejos ¿eh...?

Alma dio un pequeño coscorrón en la cabeza a su hijo sin poder disimular su sonrisa.

—No seas irrespetuoso con tu tía Liliana —dijo Alma —. Y hablando de ella, ¿qué sabes tú de Dulce? ¿Sabes con quién se junta?

—Qué voy a saber mamá —dijo Iñaki—. Yo ni la rolo con ella...

Mirándolo seriamente, Alma insistió:

—Dime una cosa Iñaki, ¿tu prima es "emo"?

Conteniendo la risa, Iñaki tomó una fruta de la mesa y subió rápidamente las escaleras.

—Mi prima, mamá... Mi prima es extraterrestre...

Al otro día, Liliana y Dulce fueron a cambiar los tenis. La chiquilla no lo podía creer.

"Escoge los que tú quieras", le había dicho Liliana. Y en efecto, Dulce exploró por toda la tienda hasta que encontró lo que buscaba.

—Quiero éstos —dijo la chica—. Se trataba de unos tenis Vans negros con calaveras color rosa.

—No cabe duda —le dijo su mamá—. Eres *emo* Dulce. Eres *emo*...

—Mamá, ¿qué te pasa? —dijo Dulce sobresaltada—, ¿por qué me preguntas eso...?

—No, no fue pregunta, fue afirmación —dijo Liliana.

—Mira mamá, tú haces tu vida y yo la mía, yo no te hago preguntas, así que no las hagas tú.

Liliana se acercó a su hija y la tomó de las manos.

—Lo que yo quiero es hablar contigo, comunicarme, compartir cosas, como... como dos amigas, ¿tiene eso algo de malo...? —preguntó Liliana con la respiración agitada.

—Sí, sí, sí tiene algo de malo —respondió la niña—, las mamás son mamás, no son amigas... ¡Y mejor no me compres nada y ya! —dijo Dulce dirigiéndose a la salida.

Liliana pagó los tenis y salió tras Dulce. Apenas cruzó la puerta dijo para sí:

—En lo dicho, no logro comunicarme con ella, no lo logro...

Cuando Dulce llegó a su casa, su primo Iñaki ya la esperaba. Algo urgente tenía que decirle. Los muchachos subieron al cuarto de Dulce, donde lo primero que vio Iñaki fue el corazón rosa con el nombre de Womita dentro. Comenzaron a platicar de varias cosas, entre ellas el futuro de Bill Kualitz, el cantante del grupo Tokio Hotel, hasta que sin más rodeos Iñaki advirtió a su prima:

—Tienes que tener cuidado —dijo Iñaki— los *skatos* y los *pokemones* se las quieren partir a ustedes los *emos* por invadir el parque.

—El parque es de todos, que se frieguen —dijo Dulce, enojada.

—Es en serio prima, los tienen en la mira y yo no quiero que te pase nada —dijo Iñaki con seriedad.

Dos horas más tarde, llegó Liliana. Lo primero que hizo fue dejar las bolsas de compras en la sala. En seguida subió a dejar a Dulce la caja con los tenis negros y calaveras rosas. Al oír la música a todo volumen, optó por dejarlos afuera de la puerta. Pocos minutos después, Dulce salió sigilosamente, se puso

los tenis, y aventó la caja con los viejos al final del pasillo.

Esa noche, Liliana escuchaba las noticias. De repente, el conductor habló que, en Querétaro, un grupo de *emos* había sido atacado por *punketos* y *darks* en la plaza de armas en represalia por copiar rasgos de su estilo de vestir y pensar. "El movimiento *emo* —decía Joaquín López Dóriga— surgió en los años ochenta en la ciudad de Washington; la palabra *emo* viene de emoción, emociones y de emocionales..." Con la noticia, el rostro de Liliana se llenó de terror y se dirigió al cuarto de Dulce, quien se encontraba escribiendo en su computadora otra carta a su padre: "A veces recuerdo cuando estaba chiquita y me llevabas al parque y me subías a tus hombros, papá... Desde esa altura me sentía grande... importante... superior a todo... No sé, pero a veces pienso que hice algo para que te fueras, papá, para que nos abandonaras..."

—¡Qué manía la tuya de entrar sin llamar...! —gritó Dulce al ver a su mamá en su cuarto interrumpiéndola.

—Hija, has estado llorando, ¿estás bien...? —dijo Liliana al ver a su hija limpiarse las mejillas—. Perdóname, es que estoy angustiada, en las noticias dijeron que en Querétaro lastimaron a unos *emos* y...

—¿Y yo qué tengo que ver con eso, mamá? —contestó Dulce enojada—. Yo no tengo nada que ver con eso...

—Hija, déjame acercar a ti —respondió Liliana con temor—. Quiero acercarme a tu moda...

—Mamá, ¡ser *emo* no es una moda!, ¿lo oyes...? Y ya déjame... ¡Déjame! Mira que venir a confundirme con

una *poser*...

—Una *poser*, ¿qué es eso...? —dijo Liliana desconcertada, sin saber que Dulce se refería a los chicos que imitan la vestimenta, maquillaje y peinado "emos" sin saber nada de su filosofía.

—¡Ya vete mamá! —dijo Dulce, envuelta en llanto.

Las semanas siguientes, Liliana comenzó a investigar por internet todo sobre los *emos*. "Qué complicado —dijo—, en mi generación no había nada de eso... No éramos Timbiriches ni Flans ni Fresas con Crema, no había tribus urbanas. Algo se me tiene que ocurrir para comunicarme con mi bebé", dijo finalmente. Al otro día, la idea se había materializado. Liliana se puso delante de la puerta de Dulce, esperando a que saliera. Lucía fleco parado con gel, hombreras en su blusa color pastel, falda larga con cinturón grueso y zapatillas con tobilleras.

Cuando Dulce salió y vio a su madre vestida como cantante de los años ochenta, hizo una mueca de horror.

—Mamá, ¿por qué te vistes así...? —le dijo abriendo los ojos desmesuradamente.

—Lo que pasa es que no quiero lucir como una *poser* como tú dices —contestó Liliana—, yo también tenía una filosofía de vida, como la tuya, quiero suponer. Eso sí, menos radical. Es cierto, ahora soy una *ruka*, como tú me dices, pero alguna vez fui joven como tú y me gustaba vestirme diferente a mi mamá, pero ¿sabes qué?, hija, mi mamá nunca me preguntó por qué me vestía así, o nunca se interesó en qué pensaba de la

vida, y yo... me muero de ganas por saber cómo eres... cómo sientes...

Conmovida por el acto de su madre, Dulce ablandó su rostro.

—Está bien mamá, ¿qué quieres saber?

—¿Eres *emo*...? —preguntó rápidamente Liliana.

Un viento fresco, limpio y reparador rompió sobre el rostro de Dulce. Era un viento instantáneo, pero a la vez eterno. Un viento diáfano que de inmediato la convenció que valía la pena creer en un espléndido sentimiento: La sinceridad.

—Sí, mamá... soy *emo*... —dijo Dulce todavía un poco fastidiada, pero sin desesperarse.

—Pues eso se acabó —dijo Liliana levantándose de golpe—. De ahora en adelante, *emo* o no *emo*, quiero ver en esta casa a mi verdadera hija... a la real. Así que a cambiarse señorita, a ponerse su ropa *emo*.

Con una sonrisa que le llenó el rostro, Dulce se abalanzó a los brazos de su madre.

—Gracias, má... De verdad gracias —dijo casi llorando.

Complacida, Liliana abrazó a su hija y le acarició el cabello.

—¿Y un beso...? ¿Me vas a dar un beso, o un verdadero *emo* no le da besos a su pobre mamá?

Con una mueca de fastidio fingido, Dulce se acercó a su mamá y le dio un beso en la mejilla.

—Pero no abuses ¿eh? —le advirtió en tono de broma y regresó a su cuarto a cambiarse de ropa. Antes de salir, borró la frase que decía "Grita más fuerte" y puso otra que decía: "Ya no grites, sólo habla". También vio la rosa que seguía desprendiendo un hermoso aroma y se enterneció.

—Ups, se me olvidó echarle agua. No, claro que no —dijo reflexionando—, ni modo que hace un mes no le haya puesto agua, estaría bien muerta. Sí, claro que le eché, pero ya no me acuerdo...

En Los Sillones, Sportik, Womita y otros chicos, esperaban a Zahorí.

—Y fue algo *chido*... —les contó Dulce— digo, qué me mejor que tu *ruka* agarre el boleto y te comprenda, ¿no...? Estoy feliz —agregó.

—A mí me gusta que seas feliz —dijo Womita, viéndola con ojos de enamorado.

—Pues eso no es *emo* —dijo Sportika—, el verdadero *emo* nunca es feliz. Si yo fuera tú ya estaría tomando una navaja para contrarrestar tanta miel.

—¿Cómo una navaja...? —preguntó Dulce sorprendida—. ¿Tú las usas? ¿Qué haces con ella?

—Me corto a veces en los brazos, pero más en las piernas, ¿quieres ver...?

Sportik se levantó el pantalón ante la mirada de sorpresa y repulsión de todos.

—¿Por qué te haces eso...? —preguntó Dulce.

—Me corto para recordar que soy infeliz... y lo hago en las piernas... porque... porque quiero que mi padrastro me deje de tocar... pero ni así deja de hacerlo el muy desgraciado... —dijo Sportika con los labios temblando.

En la casa de Iñaki, Alma se entretenía viendo la transmisión de los Juegos Olímpicos. Emocionada por la participación de México en la maratón de los 10 mil metros.

—Ma... necesito hablar contigo... —dijo Iñaki con insistencia.

Alma no prestaba suficiente atención a lo que le decía el niño.

—¿Puede ser al rato? Le toca a México...

—No, ma —dijo Iñaki muy serio—. Se trata de la vida de mi prima... la vida de Dulce corre peligro...

Sin pensarlo, Alma salió rápidamente hacia la oficina de Liliana, quien se encontraba trabajando ese sábado.

—Tienes que ver lo que subieron a la red —dijo mostrándole la pantalla de la lap top. Ulises, el líder de los *skatos* había subido un video a la red, en el que advertía a los *emos* que se cuidaran porque iban a ser "liquidados".

—¡Mueran los *emos*! —decía ante un grupo numeroso de *skatos*—. ¡Sí, mueran los malditos...! —decían otros miembros—. ¡Son la escoria de mundo...! ¡Te invitamos a cazar *emos* en el parque de La Noria este

sábado a las dos de la tarde! —terminaba diciendo el muchacho.

—¡Mi hija va a ese parque con sus amigos *emos*! —dijo a Alma con cara de terror—. ¡Algo le van a hacer a mi hija...!

Mientras tanto, Dulce, Womita y los otros chicos platicaban despreocupadamente en el parque. Dulce llevaba la rosa blanca que había tenido en su recámara varias semanas para enseñárselas a sus amigos.

—¿Te cae que tiene más de un mes y no se ha secado? —dijo sorprendido Womita.

—Me cae —dijo Dulce— y no sé por qué está viva, pero lo está.

—Yo digo que tú le das vida con tus manos —le dijo Womita antes de darle un beso en los labios—. Me encanta *mamacear* contigo, Zahorí —susurró el chico en su oído.

El grupo de chicos se dirigió a Los Sillones para seguir la plática más cómodamente. Al levantarse, el celular de Dulce cayó de su pantalón. Sin darse cuenta, los chicos continuaron su camino hacia la vieja cafetería. A lo lejos, un grupo de *skatos* los estaba esperando.

—Por favor, hija, contesta... por favor... —decía Liliana con terrible angustia. Algo tengo que hacer para salvar a mi hija.

Antes de salir del parque, los *skatos* aparecieron en gran número.

—¿Qué rulas...? ¿Hay convención o qué...? —dijo Sportika sorprendida.

A lo lejos, Ulises pareció responderle:

—Ahora sí, que se cuiden esos *emos*, no va quedar ni su polvo —dijo, rodeado por los *skatos* que llevaban palos y los puños en alto, excepto Iñaki, quien vio de lejos a Dulce.

—No sean así, no les hagan nada, mi prima está con ellos —exclamó Iñaki, quien recibió la mirada feroz de Ulises.

—Peor para ella —dijo Ulises con cara de furia—, para qué tiene esas juntas...

Iñaki no lo dudó más: subió a su patineta y se dirigió a toda velocidad hacia el grupo de *emos*.

—Mugre Iñaki, me late que va a rajar... Llegó la hora... ¡A cazar *emos*! —gritó Ulises con toda su fuerza.

—¡Pélense...! ¡Los *skatos* les van a pegar...! —dijo Iñaki apenas llegó junto a Dulce.

"¡Mueran los *emos*!" "¡Hay que acabar con ellos...!" "¡Son una escoria...!", gritaban los *skatos* por todo el parque. Al verlos venir, Dulce y los otros chicos se echaron a correr. Por instinto, Dulce dejó caer la rosa blanca. Iñaki se interpuso entre los dos grupos.

—¡En buena onda, déjalos Ulises! —dijo Iñaki muy agitado.

—¡Hazte a un lado, amante de los *emos*...! —dijo Ulises dándole un fuerte puñetazo en la cara.

En su carrera, Dulce cayó, por lo que Womita y los demás se regresaron por ella.

—¡Vamos, levántate! —dijo Womita tomándola por un brazo, pero Ulises les dio alcance.

—¡Te vas a morir, mugre *emo*! —dijo Ulises.

El líder de los *skatos* sacó unas enormes tijeras y aprovechando que los demás ya tenían en su poder a Womita, lo tomó de los cabellos y le cortó el copete levantándolo como trofeo provocando la euforia de todos los patinetos.

—¡Ahora la *emo*, ahora la *emo*...! —pidieron todos los *pokemones*.

—¡Suéltame, idiota...! —dijo Dulce al ser tomada violentamente por los cabellos.

—¡Encima respondona...! —dijo un *skato* que ya le había arrebatado su bolsa.

Ulises vio con una terrible mirada de odio a la muchacha y antes de cortarle el fleco, le dijo:

—¡A ver maldita...! ¿Eres *emo*...? ¿Eres *emo*...? —repitió Ulises con gran odio en su voz.

—¡Sí, soy *emo*! ¡Y qué! —contestó Dulce muy orgullosa.

—¡Pues ya te fregaste porque yo soy *pokemón*...! ¡Y te vas a quedar sin tu preciado copete! —gritó Ulises.

Al sentir las tijeras abriéndose alrededor de su pelo, Dulce cerró los ojos. En ese momento, la mano de

Liliana tomó la de Ulises y le quitó las tijeras dándole un empujón.

—¡No te atrevas a hacerle daño a mi hija! —gritó la mujer realmente enfurecida.

—¿¡Tú qué, *ruka*!? —le gritó Ulises.

Al escuchar estas palabras, Liliana se puso el pelo sobre su cara tapando uno de sus ojos.

—¡Yo también soy *emo*! ¡A ver, córtame el pelo a mí! ¡Yo también soy *emo*! —gritó la mujer encarando no solamente a Ulises sino a todo el grupo de muchachos que no daban crédito a lo que estaba pasando.

—¡Estás lurias, *ruka*...! —dijo Ulises sorprendido por la reacción de la mamá de Dulce.

En ese momento, un par de policías aparecieron detrás del grupo de *skatos* y uno de ellos tomó por el brazo a Ulises, quien ya se había puesto de pie.

—¡Y tú estás en serios problemas muchacho...! —dijo el agente.

—¡Suelta esas tijeras! —dijo el otro.

—¡Estás detenido! —agregó el primero.

En ese momento, la mayoría de los *skatos* tomaron sus patinetas y se echaron a correr. Sin pensarlo, Liliana corrió a abrazar a su hija, quien no pudo contener más el llanto.

—¡Mamá... mamá...! —dijo Dulce lanzándose a los brazos de su madre.

—Ya hija, ya pasó, aquí estoy para protegerte —respondió la mujer, quien también se echó a llorar.

El otro policía tomó por el brazo a Womita, quien se acercaba a Dulce para preguntarle si estaba bien.

—No, un momento, ellos son mis amigos, se regresaron para defenderme —dijo la chica dirigiéndose a su madre, quien corrió a abrazar a todos.

—¡Gracias, muchachos! —dijo Liliana aún llorando.

Dulce recobró el aliento y se dirigió a uno de los policías para informarle que su amiga era abusada por su padrastro. Dulce se volteó para decir a Sportika:

—Todos somos amigos, y estamos para ayudarnos, y te vamos a ayudar Sportika, ya no va ser necesario que te cortes las piernas con esas navajas. ¡Tu padrastro no te va a volver a tocar, te lo juro!

Dulce recordó la rosa y regresó a buscarla. Nunca la encontró. Muy triste regresó con su mamá a su casa, muy grande fue su sorpresa al ver que la rosa blanca estaba de nuevo al pie de la puerta de la recámara de Dulce.

—No puede ser —dijo conmovida —la había perdido en el parque, justo antes del ataque.

—Es un misterio —concluyó Liliana —la rosa regresó de la misma manera en que apareció, sin explicación.

"*Punketos*, *skatos*, *pokemones*, *darketos*, *mantras*... todos... Todos nosotros somos seres humanos. Podemos tener diferencias, pero sobre todo no hay

que olvidar que todos somos papá, mamá, hijo, hija, hermano, hermana... primos... abuelos... La sociedad funciona si nos acercamos y nos comunicamos generación tras generación. Pero sobre todo funciona cuando nos toleramos. Tolerancia y respeto son la clave de la convivencia de nuestras emociones, porque sin importar a la tribu a la que pertenezcas tú o yo, todos somos seres humanos iguales ante Dios...", decía Liliana mientras caminaba en el parque junto a Dulce, ambas sentían por fin una paz infinita. Mientras en su casa, de nueva cuenta, una luz brillante y hermosa empezó a filtrarse quién sabe de dónde, y comenzó a posarse sobre los delicados pétalos de la rosa blanca, que de la misma manera divina en que apareció se fue diluyendo en el tiempo y el espacio. La rosa de Guadalupe había desaparecido en busca de un nuevo milagro.

Liliana y Dulce llegaron hasta el muro donde Dulce acostumbraba pintar y escribieron un par de frases nuevas:

"Soy feliz con la hija que me tocó", puso Liliana. "Soy feliz con la mamá que me tocó", escribió Dulce.

SOLO TÚ SABRÁS CUANDO ES EL MOMENTO JUSTO...

EL ESTRENO

Ese lunes era el primer día de clases del tercero de secundaria. La maestra reconoció a todos los chicos de segundo, excepto a unos cuantos nuevos. Para romper el hielo, los animó a presentarse.

—Veo que hay caras desconocidas. Lo mejor es que se presenten para irnos conociendo. Empezamos por ti —dijo la maestra señalando a una bonita muchacha de cabello castaño.

Apenas la vio, Willy sintió una gran agitación.

—Me llamo Mirna —dijo la chica—. Antes vivía en Puebla, pero a mi papá lo mandaron de su trabajo a la ciudad. Me gusta mucho ir al cine y a las plazas comerciales a dar la vuelta.

Willy estaba tan impresionado por la belleza de Mirna que no se dio cuenta de que la maestra le había pedido que fuera justamente él quien le diera la bienvenida. "Qué chava tan guapa, está súper bonita. Hasta parece un ángel...", pensó Willy.

—¡Willy, te estoy hablando! —le gritó la maestra, haciendo que saltara.

—Disculpe maestra, ¿qué dijo? —contestó Willy, provocando la risa de toda la clase.

—Que le des la bienvenida a tu compañera. Ponte de pie y dirígele unas palabras.

Willy sentía que los nervios lo traicionaban, y en efecto, lo traicionaron.

—Sí maestra —contestó Willy sin saber lo que decía —. ¿Qué le puedo decir? Sólo, sólo que está bien bonita...

Todos se morían de la risa. Algunos incluso golpeaban las bancas porque les dolía el estómago. Mirna se sonrojó.

—Willy, ¿qué clase de bienvenida es ésa? —dijo la profesora molesta. Apenado, Willy sólo alcanzó a decir:

—Perdóneme maestra. Mejor le digo a Mirna que en esta *secu* se la va a pasar bien padre y que puede contar con mi amistad.

—Eso estuvo mejor, siéntate —le dijo la maestra moviendo un poco la cabeza—. Sigamos con las demás presentaciones.

Otros chicos dijeron su nombre, pero Willy no alcanzó a oír nada más que el sonido de su corazón. Discretamente, Mirna le devolvió la mirada.

Poco después, en el patio de la escuela, se le acercaron Saúl y Lacho.

—Ya ni la amuelas —dijo Saúl—. Qué quemón te diste con todo el salón. De veras se nota que estás bien urgido —agregó con maldad.

—¿Ya vas a empezar con tus cosas? —respondió Willy enojado.

—¿Qué quieres? Me causa harta gracia que todavía seas "virginio" —dijo Saúl burlándose de él.

—¿Cómo? ¿Jamás te has acostado con una chava? —dijo Lacho sorprendido.

—¡Qué poca Saúl! —dijo Willy, muy sacado de onda —. ¿Por qué andas contando mis intimidades?

Sus amigos continuaron con las burlas.

—En serio que eres como un bicho raro —dijo Saúl—. Yo me quité lo virgen a los trece años. Cuando recién entré a la *secu*. Si quieres te podemos dar una ayudadita...

—Ya déjenme en paz —respondió Willy muy molesto —. No necesito ayuda de nadie.

—Deberías de entrarle con la nueva —dijo Lacho—. A ver si ella te quita lo "quintito".

A la hora de la salida, Mirna se despidió de Willy. En ese momento, Ruperto, su padre, llegó en su taxi para recogerlo.

—¿Quién es esa chamaca? —dijo su papá al abrirle la puerta.

—Es una amiga. Llegó de Puebla y hoy fue su primer día aquí en la *secu* —respondió Willy incómodo.

—Pues está re chula la condenada —dijo Ruperto—. ¿Qué, la vas a hacer tu novia?

—Ya, papá —dijo Willy apenado.

—¿Qué tiene? —dijo Ruperto, arrancando el coche—. Ya estás en edad de acabar con todas las chavitas de tu escuela. Eso espero ¿eh?, porque yo a tu edad era todo un garañón. No dejaba una viva.

Más tarde, toda la familia se hallaba sentada a la mesa. Charo, la mamá de Willy, se levantaba a cada rato a calentar las tortillas, mientras Ruperto devoraba el exquisito chicharrón en salsa verde. Los hermanos menores de Willy, Moncho y Benjamín, hacían lo mismo.

—¿Cómo te fue en tu primer día de escuela, Willy? —preguntó Charo.

—Bien ma, me dio mucho gusto volver a ver a mis amigos —dijo Willy.

—Y también ver a tu nueva compañera —dijo Ruperto con mala intención—. Ándale, ándale, cuéntale a tu mamá de esa chamacona.

—A ver hijo, cuéntame —dijo entusiasmada su madre.

—Es una nueva amiga —respondió Willy sin ánimo.

—Y está bien bonita —interrumpió Ruperto con la boca llena—. Es delgadita y güerita. Se ve que de grande va a ser bien guapa. No cabe duda que Willy tiene buen gusto pa' las chamacas. ¡Hijo mío tenía que ser!

Molesto, Willy se levantó de la mesa.

—¿Saben qué? —dijo Willy dirigiéndose a su recámara—, ya se me quitó el hambre.

—¿Qué dije para que se pusiera así? —exclamó Ruperto sirviéndose más chicharrón.

Después de darle la bendición a Willy y a sus otros hijos, Charo se puso a limpiar la cocina sin dejar de pensar en los comentarios de su esposo. "A veces se pasa mi papá", le había dicho Willy. Sin pensarlo, Charo volteó hacia la imagen de la Virgen de Guadalupe en el calendario que colgaba de la pared.

—Virgencita, pon en mi boca las palabras que debo decirle a Ruperto, necesito hablar con él de esto —dijo.

Ruperto la esperaba en la recámara. "No tengo dinero", le dijo a Charo en automático cuando le pidió hablar con él.

—No es eso, Ruperto —dijo Charo—. Es sobre Willy. No se siente muy a gusto cuando hablas de su intimidad.

Ruperto se enojó inmediatamente.

—Soy su padre y tengo derecho a hacer lo que creo mejor para él —dijo con agresividad.

—No Ruperto —dijo Charo—. No tienes derecho a meterte en su vida. Yo sé que lo haces porque se está volviendo un hombre, pero tú quieres que crezca rápido y él necesita su tiempo.

—¡Willy ya va a cumplir los quince! —dijo Ruperto levantando la voz.

—Sí, pero es como si tuviera diez —dijo su madre—, apenas es un niño para muchas cosas...

—¿Quieres decir que nuestro hijo todavía nada de nada con una chava? —preguntó sorprendido Ruperto.

—Tú luego luego piensas en el sexo —contestó Charo molesta.

Ruperto apagó la televisión, levantándose de la cama.

—Contigo no se puede hablar, mujer —le contestó Ruperto—. Eres bien mocha.

—Mejor vamos a dormir porque estás imposible —respondió Charo metiéndose bajo las sábanas.

Al otro día, en la escuela, Willy comenzó a contar chistes a Mirna, quien se sentía muy bien con él. "Qué buenos chistes cuentas", decía Mirna retorciéndose de risa. "Willy —dijo la chica—, si no te hubiera conocido sería muy difícil estar en una nueva escuela". "Lo hago con mucho gusto y quisiera conocer más cosas de ti —le respondió Willy—. Por ejemplo, ¿coleccionas algo?" Mirna contestó inmediatamente: "Me encantan los unicornios, son padrísimos. El cuerno da buena suerte..."

Lacho y Saúl los observaban sin poder aguantar la risa. Poco después, llegó Ruperto en su taxi y se alejó con Willy por calles que éste nunca había visto.

—¿No vamos a ir a la casa? —preguntó el muchacho.

—Vamos a comer en otra parte. Quiero hablar contigo sin que nos oiga tu mamá —respondió

Ruperto estacionándose afuera de una taquería llena de gente.

—¿Sobre qué? —respondió Willy, apenas se fue el mesero.

—Quiero saber si ya tuviste tus "queveres" con una chava —le preguntó.

Willy siguió comiendo sin decir nada.

—El que no me contestes me indica que no has tenido nada de nada. Así que habrá que ponerle remedio —dijo Ruperto muy contento—. Ya vas a cumplir quince y no puedes seguir "quintito". Tu cumpleaños lo vamos a festejar con unas chamacas. Soy tu padre y te voy a regalar el estreno —le dijo mientras masticaba lentamente.

Al otro día, Willy fue con su madre al mercado. En la calle abundaban negocios de todo tipo. Mientras Charo entró a una mercería, Willy se metió a una joyería. Miró los aparadores y después de un rato se dirigió a la encargada.

—Buenas tardes señora, ¿me puede decir cuánto cuesta el unicornio que está en aquel aparador?

—Cuesta mil cuatrocientos cincuenta pesos —respondió la mujer abriendo con una llave uno de los anaqueles.

—¿Tanto? —dijo Willy sorprendido.

—Sí, es de oro de dieciocho quilates —respondió la encargada mostrándole una cadena con un dije en fino acabado.

—Híjole, está bien caro —pensó Willy—. Pero no lo vaya a vender por favor, porque yo se lo voy a comprar.

—No te puedo prometer nada —contestó la mujer—, pero si regresas rápido con el dinero, ese unicornio será tuyo.

Cuando llegó a su casa, Willy abrió un cajón de su clóset. En una cajita de madera tenía solamente 220 pesos en billetes de 20 y monedas. "Me falta un chorro para juntar los mil cuatrocientos cincuenta que cuesta el regalo que quiero darle a Mirna", pensó el muchacho. "Ni modo. Voy a tener que ponerme a chambear", dijo finalmente.

Al otro día, Willy se dirigió a la zona más conocida de la colonia, cerca del parque. El muchacho entró a una cafetería y saludó a don Benito, el dueño.

—Ándele don Benito, no sea gacho —le dijo Willy— deme chance de trabajar aquí como otras veces.

—Qué lástima muchacho. No tengo ahorita presupuesto para contratar a un empleado más —se disculpó el hombre.

—Sería nomás medio tiempo porque no pienso dejar la escuela. Verá que no se arrepiente. Ándele —insistió Willy.

—Sé que no me voy a arrepentir —contestó don Benito—. Cuando has trabajado conmigo en tus vacaciones me has demostrado que eres rete chambeador.

—Mire don Benito —le dijo Willy—. Conozco como la palma de mi mano todas las calles de la colonia. Si les dice a sus clientes que va a tener servicio a domicilio estoy seguro de que le harán un chorro de pedidos.

Don Benito aceptó la propuesta. Willy le propuso llevar su propia bicicleta para entregar los pedidos más rápido y así atender a más gente. "Quedas contratado", dijo el hombre. Feliz, Willy regresó a su casa para cambiarse y comenzar a trabajar esa misma tarde.

—En serio que te pasas —le dijo Lacho al otro día durante el recreo en la escuela—. Mira que meterte a trabajar para comprarle un regalo a Mirna. Estás bien loco mi cuate.

—Eso es algo que a ustedes no les importa —dijo Willy mirando a Saúl, quien movía la cabeza en señal de reprobación.

—No te esponjes mi chavo, sólo estamos diciendo la verdad —le dijo Lacho, viendo que Willy comenzaba a enfurecerse.

—¿No es más fácil llegarle y ya? —interrumpió Saúl —. Es una cursilada eso de regalarle un dije en forma de unicornio.

—Para mí, Mirna es especial —dijo el muchacho ante la burla de sus compañeros, quienes aseguraban que Willy sólo quería andar con ella para quitarse lo "quintito".

—Yo quiero a Mirna a la buena y no quiero que hablen de ella, así que la respetan o... —dijo Willy.

—¿O qué? —le interrumpió Saúl de golpe.

—... O se las ven conmigo —contestó Willy apretando la mandíbula.

—¡Uy qué miedo! —dijo Saúl, acercándose a él—. Pero nosotros no estamos mancos, Willy. Así que si eres tan machito, éntrale de una buena vez.

Prácticamente toda la escuela rodeó a los dos muchachos, quienes ya se habían trenzado en el piso. "Duro, duro", se oía por toda la escuela. "¡Vamos Willy!", dijo Lacho varias veces hasta que llegó el director de la secundaria, quien levantó a los peleadores y se los llevó a su oficina, donde estaba también la maestra.

—De Saúl no me sorprende nada —dijo la mujer—, pero me extraña que tú estés metido en estos líos, Willy.

—Como ninguno quiere decir el motivo por el que se pelearon —interrumpió el director—, voy a tener que expulsarlos tres días para que piensen en lo que hicieron y aprendan a comportarse. Así que tomen sus cosas y retírense de la escuela.

Willy y Saúl tomaron sus mochilas y se fueron. El papá de Willy ya lo esperaba en el taxi. En casa, Charo no daba crédito a lo que estaba viendo.

—Jamás hubiera creído que algún día te fueras a pelear en la escuela —dijo Charo mientras limpiaba el ojo morado de su hijo—. A ver dime, ¿por qué fue el pleito?

—Por hacer lo que siempre me has enseñado, mamá —respondió Willy haciendo una mueca de dolor.

—¿Qué cosa? —dijo Charo sobresaltada.

—Tú me has dicho que a las mujeres hay que respetarlas y hacer que los demás las respeten —respondió el muchacho sin dejar de mirar a su mamá.

Ruperto regresó de la calle. Había ido a buscar unas gasas a la farmacia.

—¡Ése es mi hijo...! —dijo Ruperto cerrando los puños en señal de euforia—. Qué bueno que te hayas agarrado a golpes y que lo hayas hecho para defender a tu novia, como todo un buen macho.

—¡Mirna no es mi novia! —dijo Willy quitándose el pedazo de carne que le había puesto su mamá para bajar la hinchazón del ojo—. ¡Y estoy harto de que se metan en mi vida!

Willy salió de la cocina y se dirigió sumamente enojado a su recámara.

—Ya ni la amuelas —le recriminó Charo a Ruperto.

—¿Yo qué hice? —respondió el hombre levantando los hombros.

—Pues, ¿para qué estás dale y dale con lo de que tenga novia? —dijo Charo.

—Tú no te metas —respondió Ruperto levantando la voz—. Yo sólo cumplo con mi deber de padre.

Charo expresó su molestia.

—¿Eso incluye meterse en su vida sexual? —dijo Charo en tono golpeado.

—Tengo que enseñar a mi hijo a que se haga hombre —contestó Ruperto dando un puñetazo en la mesa—. La que debería estar fuera de todo esto eres tú, o me vas a hacer a Willy del otro bando.

Charo aventó su delantal y azotó la puerta.

—A veces te odio por tu forma de pensar —le dijo—. Eres como... como un hombre de las cavernas.

Willy fue expulsado tres días de la escuela, pero no dejó de ir a trabajar a la cafetería. Mientras esperaba un pedido, Willy recibió una visita inesperada.

—Con permiso —dijo Mirna—, ¿está Willy?

—¡Hola!, respondió Willy, bastante exaltado.

—No te había visto en clase y quería saber de ti —dijo la muchacha.

Mientras don Benito terminaba de preparar dos capuchinos, los chicos platicaron un rato.

—Gracias por defenderme de Saúl —dijo Mirna.

—¿Supiste por qué fue el pleito? —le preguntó Willy.

—No muy bien —respondió Mirna—. Todos dicen que Saúl estaba diciendo cosas malas de mí y tú me defendiste. Eres el mejor chavo de todos, y por eso te quiero...

—¿Que tú me quieres? —dijo Willy abriendo los ojos sin poder creer lo que oía.

Mirna dijo que sí con la cabeza.

—Yo... yo también te quiero —dijo Willy nervioso—. Es más... es más... me... me gustaría que fueras mi chava.

—Sí, claro, sí acepto ser tu novia —dijo Mirna con una gran sonrisa.

Días antes del cumpleaños de Willy, su padre lo interrogó.

—A propósito, chaparro —le dijo a Willy—. Ya viene tu cumpleaños, ¿qué vas a querer que te regalemos?

—Nada papá —respondió Willy—, mejor denme el dinero porque estoy ahorrando para comprarme algo.

Ruperto no prestó atención a sus palabras.

—Que dinero ni qué dinero, ya vas a cumplir quince y ese día tiene que ser especial. Ya verás lo que te tengo preparado.

Llegó el día de su cumpleaños. Muy temprano, su familia lo despertó para cantarle *Las Mañanitas*. "Una... dos... tres", corearon para que Willy apagara las velitas de su pastel.

—Pide un deseo —dijo Charo emocionada—. ¡Espera!, pero antes de eso debes saber que te queremos y te amamos. ¡Felicidades, hijo! —añadió la mujer, a quien se le salió una lágrima.

En la escuela, un recibimiento similar le esperaba por parte de Mirna, quien le dio un regalo.

—Te hice esta tarjeta de cumpleaños con todo cariño —le dijo la muchacha dándole un sobre con decorados en varios colores. "Para el mejor novio del mundo...", decía la tarjeta. Willy y Mirna se besaron como si nada más en el mundo existiera.

A la salida, el papá de Willy llegó en su taxi. El chico se despidió de Mirna.

—Antes de ir a la casa te voy a llevar a un lugar especial —le dijo Ruperto encendiendo el coche.

El lugar era extraño. Lucía una barra y pequeñas mesas con sillas tapizadas en terciopelo. La decoración era afrancesada en tonos rojizos. La alfombra también era roja y las luces parecían disminuidas en su color a propósito. Por una puerta hecha con carrizos muy elegantes, una mujer de unos cuarenta años con vestido entallado y escotado salió al encuentro de Ruperto.

—Qué alegría verte por aquí, Ruperto —le dijo la mujer extendiéndole la mano.

—Ella es Otilia —dijo Ruperto presentándosela a su hijo—. Saluda, hijo.

—Mucho gusto en conocerla, señora —le respondió Willy tratando de ser lo más cortés posible.

—Ay, qué mono caballerito —dijo la mujer poniendo su mano en la barbilla de Willy—. Así que tú eres el que se va a estrenar. Estás muy guapo, muchacho.

Extrañado, Willy miró a su papá y lo jaló de la chamarra.

—¿Qué quiso decir la señora con eso de que me voy a estrenar? —le preguntó al oído.

—Te traje aquí para darte el mejor regalo de cumpleaños que puedas tener —le dijo su papá con una sonrisa extraña en el rostro.

Seis mujeres de cuerpo escultural salieron en ese momento de la misma puerta de la que había salido Otilia. Dos de ellas eran jóvenes y muy guapas.

—Ya es hora de que te hagas hombre —dijo Ruperto a su hijo—. Escoge a la que te guste porque hoy te estrenas.

Willy se quedó congelado. No supo qué hacer. Un sentimiento de desolación invadió su cuerpo.

—¿Qué pasó mijo, cuál de las chamacas te gustó para estrenarte? —le repitió su papá, quien le pasó un brazo por el hombro.

—Yo. Yo lo que quiero es irme —dijo Willy con una voz que apenas se le oía.

—Nada de eso —le respondió su papá, acabamos de llegar.

—¿Qué pasa mi caballerito? —dijo Otilia—. ¿Ninguna de mis muchachas te gusta?

—No, no es eso —respondió nervioso Willy—. Ellas... ellas están bonitas... Sólo que...

Una extraña sensación paralizó el lugar.

—Claro, estás nervioso —dijo la mujer acomodándose el escote—. Es normal la primera vez. Pero aquí te vamos a ayudar a que te hagas hombrecito —dijo con una sonrisa.

La mujer se acercó la más joven de las muchachas.

—A ver Lolita —ordenó la matrona—. Tú que estás chavita, atiéndeme a este príncipe...

—Sí, señora —dijo la muchacha que tenía un poco más de 19 años.

—Está por demás decirte que tienes que ser paciente con él —le advirtió la dueña del lugar con la vista fija en el muchacho—. Se trata de que en su día de estreno pase momentos "me-mo-ra-bles"...

—De eso me encargo yo —dijo la muchacha tomando a Willy por la camisa—. Ven conmigo, ricura —le dijo jalándolo hacia las escaleras.

—Ése es mi hijo... —dijo Ruperto haciendo un gesto de triunfo con el puño.

La dueña del lugar exigió a Ruperto el pago acordado, mientras las demás chicas desaparecían.

Ya en el cuarto, Willy experimentó el día más incómodo de su vida.

—¿Me dijiste que te llamas Willy, verdad? —dijo la muchacha con sensualidad.

Al ver que Willy no contestaba, Lolita se sentó junto al muchacho.

—¿Te tomó de sorpresa que te trajeran aquí? —dijo acomodándose el vestido entallado que dejaba ver buena parte de sus senos—. ¿Cuántos años tienes? —agregó la chica tomándole una mano.

—Quince —contestó el muchacho, titubeando.

—Además de joven, estás muy guapo —le dijo la chica desabrochándole algunos botones de la camisa —.

Willy bajó la cabeza.

—Gracias, señora —le dijo.

Lolita lanzó una carcajada. Nunca le habían dicho "señora". Se levantó, se dirigió hacia el espejo, se puso perfume en el cuello, regresó a la cama y le dio un beso en los labios que Willy no correspondió.

—Relájate bebé, estás muy tenso —le dijo la muchacha.

—Es que... —tartamudeó Willy, mientras Lolita le abría otro botón de la camisa.

—No te pongas nervioso. Tranquilo. Ven. Acuéstate conmigo en la cama...

Apenas sintió su mano en el pecho, Willy se zafó.

—No. Perdón. No puedo... —dijo Willy.

—¿Por qué? —dijo la chica—. ¿Acaso no te gusto?

—No es eso —dijo Willy—. Es que... es que... tengo novia...

Ruperto vio salir corriendo a su hijo e intentó salir tras él, pero Otilia lo detuvo para advertirle que aunque no hubiese pasado nada, no pretendía devolverle el dinero.

—Muchacho tarugo —dijo Ruperto sin poder alcanzarlo.

Willy vagó por las calles con la mirada hacia abajo, pateando todo lo que encontraba en su camino. En una calle se detuvo.

—Me cae que mi papá se pasa —dijo en silencio, casi a punto de llorar—. ¿Por qué me humilla de esta manera? ¿Por qué no me deja en paz? —repitió sin poder detener las lágrimas que se le escurrían por la mejilla.

Willy caminó unas calles más y se sentó en el filo de una banqueta.

—¿Por qué es tan importante el tema de la virginidad? —pensó Willy cerrando los ojos—. Me da igual lo que piensen los demás, pero yo quiero hacerlo cuando esté convencido. Quiero que mi primera vez sea con alguien que me importe. Ay, Virgen de Guadalupe, ayúdame a que mi papá y mis amigos me dejen en paz. Por favor, que me dejen en paz.

En ese preciso momento, en casa de Willy, apareció en la cocina una hermosa rosa blanca, que destacaba entre las demás flores que adornaban a la Virgen de Guadalupe que brillaba en todo su esplendor. Charo no se dio cuenta de la presencia de la rosa, pues corrió a abrir la puerta que tocaban insistentemente. Se trataba de Lacho y Mirna quienes habían llegado para celebrar el cumpleaños de Willy.

—Adelante muchachos —les dijo—, gracias por venir a la comida que le organizamos a mi hijo. Pero, ¿no andaba con ustedes? —agregó extrañada, cerrando la puerta.

—No. Su papá lo recogió en su taxi —le informó Lacho.

—Ah caray —dijo Charo preocupada—. ¿A dónde habrán ido?

Limpiándose las lágrimas, Willy recordó la imagen de la Guadalupana que le dio fuerza, y de un salto se puso de pie.

—Se pasan. Pero me cae que yo me voy a acostar con una chava cuando yo quiera y no cuando ellos me digan —dijo Willy encaminándose hacia el negocio de don Benito, no tenía ganas de regresar a su casa.

Poco después de que habían llegado Mirna y Lacho a la casa de Willy, llegó Ruperto, quien se sorprendió de no ver ahí a su hijo.

—¿Ya llegó Willy?

—¿No andaba contigo? —dijo Charo alarmada.

—No... bueno sí... pero ya no... —contestó nervioso Ruperto—. Ya no debe tardar en llegar —agregó mientras saludaba a sus otros dos hijos y a los amigos de Willy. Sin decir más, se dirigió a su recámara.

—Por favor espérenme un momento, ahorita vengo —dijo Charo siguiendo a su marido.

—¿Qué habrá pasado? —dijeron desconcertados Mirna y Lacho, mientras los hermanos más pequeños de Willy comenzaron a comer.

En la recámara, Charo encaró a Ruperto.

—Habla Ruperto. ¿Por qué Willy no llegó contigo?

—Es que creo que se enojó —dijo Ruperto sin saber qué más decir.

—¿Cómo que se enojó? ¿Qué le hiciste? —respondió Charo exaltada.

—Nada. Bueno... sólo lo llevé a que tuviera su primera experiencia con una mujer —contestó el hombre.

—¿Lo llevaste a una casa de citas? ¿A un prostíbulo? —dijo Charo sin poder creer lo que estaba escuchando.

Ruperto asintió con la cabeza, tratando de no mostrar mucha atención a las palabras de su mujer.

—Ya ni la amuelas Ruperto, ¿cómo fuiste capaz? —dijo Charo tan enojada que apenas pudo pronunciar las palabras.

—Es el deber de todo padre enseñarle a su hijo a ser hombre —dijo Ruperto con ademán orgulloso.

—Mira, mejor hablamos después porque tenemos visitas —dijo Mirna tratando de calmarse—. ¡Pero esta vez no voy a perdonarte lo que le hiciste a nuestro hijo!

Tras despedir a los amigos de Willy, Charo recogió la mesa. Ruperto se había quedado viendo la televisión. Charo dejó a sus otros dos hijos, Benjamín y Moncho, haciendo la tarea.

—Ya se fueron las visitas, ahora sí vamos a hablar bien —dijo Charo apagándole la televisión a su marido—. Cómo fue que se te ocurrió llevar a Willy con unas mujerzuelas.

—Ya te dije, mi obligación como padre es enseñarle a andar con mujeres —dijo Ruperto levantándose de la cama para arrebatarle el control a su mujer.

—Sí, pero no con *pirujas* —le respondió Charo aventando el control en la cama—. ¿No te das cuenta que le puede hacer daño?

—¿Cuál daño? —dijo con Ruperto con fastidio—. A ningún hombre le hace daño estar con una mujer a menos que sea...

Charo le arrebató el control que Ruperto había recuperado.

—No te permito que vayas a decir una tontería de mi hijo —le dijo señalándolo con el dedo—. Willy es como cualquier niño. Eres un irresponsable al no darte cuenta de las consecuencias que puede tener llevar a Willy a esos lugares. ¿Qué tal si le pegan una enfermedad venérea?

—Bueno, mujer —respondió Ruperto como queriendo tranquilizar la conversación—. Lo único que quería era darle una ayudadita como mi papá lo hizo conmigo.

—Willy no necesita la ayuda de nadie —contestó Charo enfurecida—. Él sabrá cuándo quiere tener su primera experiencia sexual. Así que ya no lo presiones o te atienes a las consecuencias, ¿entiendes?

—Achis, achis —dijo Ruperto levantando la voz—, ¿y qué piensas hacer si no?

—Separarme de ti —respondió Charo mirándolo a los ojos—. Si sigues con tu actitud de macho me pierdes a mí y a nuestros hijos, ¿me oíste?

Aguantando las lágrimas para no mostrar debilidad, Charo se dirigió al cuarto de los otros dos niños, quienes inevitablemente habían escuchado parte de la conversación de sus padres.

—Oye ma —dijo Benjamín, el más chico de los dos —. ¿Qué es una enfermedad vene... viene?

—Venérea, tonto —dijo Moncho, quien hacía no mucho había cumplido 11 años.

—Bueno, esa cosa... —dijo Benjamín, quien apenas tenía siete.

—Las enfermedades venéreas son las que te puedes contagiar cuando tienes intimidad con una muchacha que no conoces bien y no estás seguro de que está sana —dijo Charo sabiendo que nunca se debe dejar de explicar las cosas importantes a los niños—. Por eso hay que fijarse con quién andan y a quién le van a entregar su corazón.

—Entonces ya no le voy a dar de mi torta a mi amiga Lupita, no sea que me vaya a contagiar algo —dijo Benjamín ante la inevitable sonrisa de su madre.

Cuando Charo comenzó a limpiar la mesa para la cena, descubrió la rosa blanca. "¿De dónde salió esta rosa?", se preguntó. Segundos después llegó Willy.

—Ya llegué ma —dijo el muchacho limpiándose los zapatos en la entrada.

—¿Dónde andabas hijo? —dijo Charo suavizando su voz para que no se le notara su angustia.

—Fui a trabajar y hoy hubo muchas entregas, vengo bien cansado —respondió Willy.

—Te había organizado una pequeña reunioncita para festejar tu cumpleaños. Vinieron Mirna y Lacho —dijo Charo.

—Lástima —respondió Willy—. Me hubiera gustado mucho ver a Mirna.

Charo le acarició la cara y le dijo:

—¿Por qué tanto interés en esa muchacha, hijo? ¿Es tu novia?

—Sí mamá, ya es mi novia —dijo Willy poniendo una gran sonrisa.

—Pues dobles felicitaciones, hijo. Por tu *cumple* y por lo de tu novia —dijo su mamá abrazándolo muy fuerte.

Willy se sentó en la mesa para cenar. Inmediatamente reparó en la rosa que brillaba al centro del florero. Su madre le dijo:

—De seguro fue ella la que te dejó esta rosa por tu cumpleaños —dijo Charo acariciando suavemente a la flor—. Es muy bonita.

—Sí ma, está bien *chida*. Te la regalo para que se la pongas a la Virgencita —dijo Willy ofreciéndola a su madre.

En ese momento, entró Ruperto.

—Qué bueno que llegas —le dijo—. Quiero que me digas por qué te fuiste corriendo.

—Ahora no papá, no hablemos de ese tema delante de mi mamá —dijo Willy.

—Déjalo en paz, Ruperto —dijo Charo—. Viene cansado de trabajar.

Willy terminó su cena y se despidió de su mamá. Cuando sus papás estuvieron solos, Charo le recriminó en voz baja.

—Por lo visto tú no entiendes —le dijo—. Es la última vez que te advierto. ¡Deja a tu hijo en paz!

—A mí no me adviertas nada —respondió Ruperto—. Yo sé lo que hago, nomás eso faltaba, que fuera a permitir que hicieras a nuestro hijo maricón —dijo, saliendo de la cocina.

—Ay, madre mía —dijo Charo desesperada mirando el calendario donde estaba la Virgen de Guadalupe—. Ayúdame Virgencita, ayúdame a que Ruperto entienda, ilumina por favor la cabezota dura de mi marido.

Los siguientes días fueron de tensión total. Ruperto le comentó a su compadre Edelmiro que estaba muy preocupado por la orientación sexual de su hijo. Edelmiro lo alentó a que insistiera en llevarlo de nuevo con Otilia para que se estrenara en el "juego del amor", como él había hecho con su hijo Esteban, quien "sí había respondido" en la segunda visita.

Mientras tanto, en la escuela, Mirna y Willy se mantenían más juntos que nunca. Durante el recreo, Mirna le confesó a Willy que no había podido evitar escuchar a su madre hablando de la supuesta "estrenada" en la que insistía su padre. "Me muero de pena de que sepas algo así", le dijo Willy.

—No tienes por qué —le respondió Mirna—. Después de saber que no tuviste nada que ver con esa mujer, siento que te quiero más.

Los chicos se abrazaron. Poco después Mirna le hizo también una confesión.

—¿Sabes Willy? Yo... yo tampoco he estado con un chavo. A solas pues. Tú me entiendes —dijo con timidez—. Estoy esperando al niño correcto. Y creo que ya no tengo que buscar más. Porque creo que tú eres esa persona especial.

Willy abrió los ojos y ambos se abrazaron nuevamente. Tras un beso se tomaron de la mano y regresaron a sus salones. Antes de llegar al trabajo, Willy visitó la joyería para asegurarse de que el dije en forma de unicornio aún estuviera ahí, listo para cuando el terminara de juntar el dinero. Por la noche, se puso a hacer su tarea. Poco rato después, su papá entró a su cuarto.

—Mañana que pase por ti vamos a ir otra vez con Otilia —le advirtió.

—¿Qué? —respondió Willy tartamudeando.

—Ya me escuchaste —le dijo su padre—. Vamos a ir y no nos vamos a salir de ahí hasta que te estrenes, ¿entendiste?

—¡Pero papá! —dijo Willy.

—¡Nada! —le respondió Ruperto—. Ya pagué el servicio y no voy a tirar el dinero.

Willy se levantó repentinamente.

—Pues yo no voy a ir —le dijo muy molesto.

—¿Qué dijiste? —respondió Ruperto enfurecido—. ¿Cómo que no? Tú vas porque yo lo digo. Me tienes preocupado. ¿Qué? ¿No te gustan las mujeres?

Al ver que Willy no respondía, Ruperto comenzó a gritar:

—¡Contéstame! ¡Te estoy hablando!

—¡No tengo por qué decirte nada...! —dijo Willy dándole la espalda.

—Más te vale que no me salgas marica porque no lo voy a aceptar —dijo Ruperto dando un grito—. No ha habido *jotos* en mi familia y tú no vas a ser el primero, ¿me oíste?

Ruperto dio un paso hacia Willy y le gritó muy cerca de la cara.

—¿Te gustan los hombres, desgraciado? ¿Eres *joto*? ¡Contéstame! ¿Eres *joto*? —le repitió—. Habla, ¿te gustan los hombres?

—No voy a contestarte nada —dijo Willy a su padre —. No tienes derecho a preguntarme sobre mis gustos.

—Pero sí tengo derecho a reventarte la boca —dijo Ruperto soltándole una cachetada.

Charo se interpuso entre los dos. Willy se había llevado la mano a la mejilla sin derramar una sola lágrima.

—¿Estás loco? —dijo Charo rabiosamente—. No vuelvas a tocar nunca a mi hijo. ¡Nunca!

Ruperto salió del cuarto azotando la puerta. Willy abrazó a su madre y le pidió que lo dejara solo un momento.

—Está bien —respondió Charo—, si necesitas algo llámame.

Ya en su recámara, Charo se enfrentó a Ruperto.

—¿Hasta dónde vas a llegar? —le dijo—. ¿Cuánto tiempo más vas a torturar a tu hijo con lo mismo?

—El tiempo que sea necesario —le contestó cortante —, pero mi hijo no va a ser un maricón.

—¡Mi hijo no es homosexual! —dijo firmemente Charo.

—¿Tú cómo lo sabes? —la encaró.

—Lo sé y punto —dijo Charo—. Nuestro hijo tiene novia. La muchachita que vino a su cumpleaños es su novia.

Con cara de orgullo, el hombre dijo:

—Vaya. Me quitas un peso de encima...

Dos días después, Ruperto encontró a su compadre en el taller mecánico. Edelmiro estaba desecho.

—¿Qué pasó compadre? ¿Por qué tiene esa cara? —le preguntó Ruperto, extrañado.

—Es mi Esteban compadre —respondió Edelmiro con los labios apretados.

—¿Qué pasa con el muchacho compadre? No me espantes.

—Esteban tiene SIDA. Se contagió en la casa de la Otilia. Una de esas viejas se lo pegó. Mi hijo no se ha acostado con ninguna otra desde que lo llevé a estrenarse.

—No me digas eso compadre —dijo Ruperto alarmado.

—Sí compadre —afirmó Edelmiro aguantándose las lágrimas—. Y yo fui el que lo llevé a "estrenarse". No sabes cómo me siento por eso. No le hagas lo mismo a tu hijo, compadre. Es como si lo condenaras.

Ruperto lo miró con seriedad. La noticia lo cimbró y removió sus más profundos pensamientos al darse cuenta de lo mal que había tratado a su hijo. Un viento fresco reparador, casi imperceptible surcó su

rostro. Ruperto tragó saliva y tocando a Edelmiro en el hombro, le dijo:

—No compadre, ya no le voy a decir nada a Willy. Mi muchacho tiene razón. No debo obligarlo a acostarse con nadie si él no quiere.

El día del cumpleaños de Mirna, Willy se dirigió a la cómoda de su cuarto. Sacó la caja con el dinero ahorrado y se dio cuenta de que le faltaban 300 pesos para comprar el dije de oro que le quería regalar a su novia, pero no se preocupó. En la bolsa de su pantalón traía el pago de su trabajo en la cafetería de don Benito. Willy se dirigió a la joyería y le pidió a la encargada que le diera el dije. "Lo siento muchacho, un hombre vino hace unos días y se lo llevó. Te lo dije, no te podía asegurar que podía apartártelo tanto tiempo", le dijo la empleada disculpándose.

Enormemente desilusionado, Willy compró flores y regresó a su casa a cambiarse de ropa. Se puso un traje y una corbata y bajó a despedirse de su mamá. "Voy con Mirna, le llevo estas flores ya que no le pude comprar el dije", dijo Willy, con voz triste.

—No te preocupes, le van a gustar —dijo su mamá—; espera un momento, tu papá quiere hablar contigo.

—¿Va a empezar con lo mismo, mamá? —dijo Willy con cara de enojo.

—No hijo —dijo Ruperto, quien apareció bajando las escaleras—. Quiero decirte que tienes razón. Ya aprendí que debo respetar tu sexualidad. Ya no voy a insistir más con lo del famoso "estreno".

—¿Lo dices de verdad? —dijo Willy sin ocultar su felicidad.

—Sí —le respondió su padre seriamente—. Nunca más te voy a decir nada y si tú quieres contarme cuando tengas tu primera vez, aquí estaré para escucharte.

Willy corrió a abrazar a su papá.

—Gracias por comprenderme —le dijo.

—No, gracias a ti por ser paciente conmigo —respondió Ruperto—. Y para que se te olvide lo mal que me porté, te compré esto.

Ruperto sacó de su pantalón un estuche negro.

—Es el dije que le querías regalar a tu novia —dijo Ruperto provocando una gran sonrisa en su hijo.

—¡Gracias papá...! —dijo el chico que no cabía del gusto—. ¡Eres a todo dar...!

Willy se dirigió a casa de Mirna. Después de un rato, la chica abrió la puerta.

—Hola, ¿no están tus papás? —dijo Willy al ver que no había nadie ni en la sala ni en la cocina.

—No —dijo Mirna—, no regresan sino hasta muy entrada la noche, tuvieron que salir a un negocio.

Willy sacó inmediatamente el dije con forma de unicornio.

—Esto es para ti —le dijo.

Cuando Mirna vio el regalo, lo abrazó con todas sus fuerzas. Comenzaron a platicar y muy pronto se fundieron en un beso que dio paso a algunas caricias. Mirna lo separó suavemente.

—Discúlpame Willy —le dijo Mirna—, te amo mucho y me gustaría tener intimidad contigo, pero sé que no estoy lista.

Contrario a lo que esperaba Mirna, Willy sonrió.

—Yo tampoco estoy listo —dijo el muchacho—. Sigamos amándonos como nos amamos. Ya después el tiempo dirá, ¿estás de acuerdo?

—Claro que estoy de acuerdo Willy. Gracias por comprenderme —dijo la chica abrazándolo fuertemente—. Te amo, te amo —le repitió muchas veces.

Después de un rato, Mirna y Willy salieron a tomar un helado. Willy recordó su plegaria a la Virgen, la dulzura de su madre, el amor de sus hermanos e incluso los momentos con su padre, quien le había estado enseñando a manejar el taxi. Willy pensó en eso y sintió que todo había valido la pena.

"No tengas miedo a que te llamen *virginio*, *quintito*, incluso *marica* —pensó Willy—. Nadie más que tú puede tener la madurez de decidir cuándo y con quién tener tu primera experiencia sexual. Y la madurez no la da la edad o sentirse muy macho delante de los amigos, los hermanos y los papás. Tu primera vez es algo tan tuyo que sólo tú sabrás cuándo es el momento justo, pero piensa en lo afortunado que puedes ser si ese momento es de amor y comprensión al lado de la

persona que también te ama. Sólo tú tienes la decisión sobre el momento de... el estreno..."

En la cocina, la rosa blanca que su madre había puesto entre las demás flores, justo al pie del calendario con la imagen de la Virgen de Guadalupe, comenzó a desaparecer dejando un delicioso aroma que inundó por el resto de sus vidas toda la casa.

VIRGENCITA, CUÍDAME A MI HIJA POR FAVOR...

PASARELA

—Yo nací para modelar y llegaré a ser muy famosa —dijo Bibiana luciendo imaginariamente un vestido de noche confeccionado en chifón de seda rojo con bordes de raso, aunque en realidad estaba uniformada en el patio de la escuela rodeada por sus mejores amigas Cristy y Karina.

Los demás alumnos del tercero de secundaria se hallaban molestos, pues mientras el profesor de Educación Física les había dejado unos ejercicios en lo que iba a la dirección, Bibiana y sus amigas jugaban a la pasarela.

—¿Y cuando seas rete famosa como modelo, todavía vamos a ser amigas? —dijo Cristy, haciéndola de fotógrafa.

—Claro, y no sólo eso, les voy a dar trabajo —respondió Bibiana, haciendo varias poses para la cámara.

—Eso sería padrísimo —dijo Karina, quien quería ser la representante—. ¿Se imaginan? Todas viajando por todo el mundo...

—Claro que viajaremos —respondió Bibiana—, porque voy a ser como Kate Moss o Heidi Klum, ya lo verán. Voy a ser la mejor modelo del mundo.

Todos los chicos admiraban a Bibiana por sus facciones y cuerpo perfecto, pero sólo Freddy sentía algo diferente, aunque también había quien la envidiaba.

—Oiga *profe*, ¿por qué Bibiana y sus amigas no hacen ejercicio como nosotros? —dijo Cruz, una de las chicas del salón, cuando el profesor regresó de la dirección.

El maestro reprendió a Bibiana, por lo que Karina se molestó mucho.

—Qué soplona es esa Cruz —dijo Karina—. Claro, como Bibiana es la más bonita de todas, se muere de la envidia...

Pero Freddy y otros chicos de la secundaria no eran los únicos a los que le gustaba Bibiana. En la calle, los hombres volteaban a verla. Uno de ellos, Edgar, lo hacía muy seguido. "Esa niña está buenísima...", decía el extraño, quien continuamente paseaba por las calles cercanas a la secundaria.

En la escuela, la envidia que suscitaba Bibiana era casi general, sobre todo porque Freddy le pasaba cartitas de amor en plena clase. Fue Cruz quien, otra vez, no se aguantó más y en la clase de Literatura acusó a Bibiana. La maestra la reprendió también. "En lugar de estar dibujando, debería estar atenta", le dijo la profesora a Bibiana al ver el "te amo" escrito en una hoja que tenía debajo de su cuaderno.

A la hora de la salida, Bibiana encaró a Cruz en plena calle.

—Por tu culpa tengo que pasar todos los apuntes de literatura del mes o me bajan dos puntos —le dijo a Cruz marcándole el alto—. ¿Qué ganas con andar de rajona?

—El gusto de que te castiguen —dijo Cruz, de una vez por todas—. ¿Y sabes por qué? Porque me caes muy mal, me choca que te sientas la más bonita del salón.

—Para tu información, Bibi es la más bonita de toda la escuela, aunque no te parezca —dijo Cristy de pronto.

—Seguramente te mueres de envidia porque quisieras ser como ella. Todos los chavos y hasta los maestros opinan lo mismo —dijo Karina interviniendo también.

Cruz enfureció y, sin dejar de mirar a Karina, tomó por los cabellos a Bibiana.

—¿Ah sí?, pues mira lo que hago con tu amiguita —dijo Cruz tirando a Bibiana al piso.

Un desconocido se acercó para separarlas.

—Ey, chavas, tranquilas, dejen de pelear —era Edgar, el hombre de 23 años que llevaba varias semanas observando a Bibiana afuera de la escuela.

Cruz se retiró jurando vengarse. Bibiana se sacudió el uniforme.

—Yo no quería pelear, sólo le reclamé a Cruz que anduviera de chismosa —dijo Bibiana justificando su actitud.

—No necesitas convencerme, yo vi desde lejos cómo sucedió todo —le dijo el muchacho.

—¿Cómo, me estabas observando? —dijo Bibiana extrañada.

—Sí, no lo pude evitar. Eres la más bonita de por aquí y llamaste mi atención —respondió el joven.

Edgar sacó una tarjeta de presentación de su saco sport y se la extendió a Bibiana.

—Me llamo Edgar —dijo el joven.

—Mucho gusto —respondió Bibiana mirando asombrada la tarjeta—. ¿Cómo? ¿Tienes una agencia de modelos?

—Sí, y también de edecanes —contestó Edgar con fingida naturalidad.

—¿En serio? Mi sueño es ser modelo —respondió Bibiana abriendo los ojos.

El joven se pasó la mano por el cabello intentando acomodarlo mejor y dijo:

—Desde hace días te estoy observando y creo que la harías en el negocio del modelaje. Puedes llegar a ser una gran modelo.

—¿En serio? ¿Crees que tengo posibilidades de triunfar? —dijo Bibiana muy interesada.

—Sí, muchas —respondió el muchacho—. Y por eso te di mi tarjeta. Yo te puedo echar la mano. Sólo tienes

que llevarme unas fotos. No desaproveches la oportunidad y búscame.

—Ahí me vas a tener —respondió Bibiana muy entusiasmada—, que no te quede duda.

—Entonces te veo después —dijo Edgar con una sonrisa.

Apenas se alejó el extraño, Bibiana y las otras chicas se miraron a los ojos.

—¡Qué emoción! —dijo Bibiana, saltando de alegría —. ¡Voy a ser modelo!

La situación económica de la familia de Bibiana no era holgada. Lucía, su madre, trabajaba como cajera en un centro comercial y su padre no vivía con la familia. Lucía llegaba muy tarde, terriblemente cansada, y aun así preparaba la comida para Bibliana y Hugo, su hermano menor. Lo difícil de la vida era la razón por la que Lucía insistía a Bibiana en que estudiara una carrera para no tener que pasar tantos problemas económicos en el futuro.

Mientras tanto, en su cuarto, Bibiana reflexionaba sobre su sueño de ser modelo. No dejaba de ver la tarjeta de Edgar y sus carteles de Kate Moss, Heide Klum y otras modelos internacionales. "No cabe duda de que nací para ser modelo, mira que toparme con el dueño de una agencia", decía Bibiana ilusionada. "*Creo que la harías en el negocio del modelaje. Tú puedes llegar a ser una gran modelo*", recordaba las palabras de Edgar.

Al día siguiente, en el patio de la escuela, sus amigas la felicitaron.

—¡Qué gusto me da por ti, amiga! —dijo Cristy muy emocionada.

—El problema es que no tengo ni una foto decente para llevarle a Edgar a su agencia —contestó Bibiana.

—¿Y qué vas a hacer? —dijo Karina—. Los fotógrafos profesionales cobran un buen.

—Pues sí —dijo Cristy—. Y ni modo que presentes de ésas que te puedes tomar en las estaciones del metro.

—Ya sé quién me va a ayudar —dijo de repente Bibiana—. El papá de Freddy tiene una cámara profesional...

Freddy llevó a Bibiana a un parque con enormes esculturas. El chico se tiraba al piso o se hincaba para lograr el mejor ángulo. Cuando terminaron la sesión, Bibiana le dio un beso en la mejilla. "Gracias —le dijo —. Eres lo máximo". Freddy se llevó la mano a la cara. "De nada Bibi. Para eso somos amigos, aunque a mí me gustaría ser algo más; cómo quisiera que fueras mi novia..."

Bibiana no contestó. Los muchachos caminaron en silencio. De pronto Bibiana le dijo:

—Freddy, de veras que no me gusta verte así...

—¿Y cómo quieres que esté después de que me bateaste? —le contestó el chico.

—Entiéndeme, *porfa* —le dijo Bibiana viéndolo a los ojos—, voy a empezar mi carrera de modelo y no puedo tener novio.

—¿Qué? —dijo Freddy— ¿Acaso las modelos no tienen novio?

—Es que yo no quiero ninguna distracción. No me lo tomes a mal, pero no voy a tener tiempo, de por sí la escuela es un fastidio. Me quiero dedicar a ser modelo y tener novio no está en mis planes...

Bibiana fue a la oficina de Edgar. El lugar no tenía letrero y solamente se veía en un cuadro la portada de una revista. La recepcionista hizo una llamada y en seguida Edgar salió por una puerta.

—Bibiana, ¡qué gusto verte! —dijo Edgar barriendo a la chica, quien se había planchado el pelo y traía un vestido que resaltaba su figura.

—Ya te traje las fotografías —dijo Bibiana extendiéndole una carpeta.

—Muy bien —dijo Edgar examinando el contenido—, se nota que tienes interés en trabajar con nosotros.

—No te imaginas cuánto... —dijo Bibiana muy entusiasmada.

—Ahorita elijo las mejores —contestó Edgar—. Ven conmigo para que conozcas a Lorena, mi socia.

Edgar llevó a Bibiana a una oficina con un solo escritorio y dos sillas. Lorena, una mujer de 55 años, alta y elegante, inspeccionó a Bibiana de pies a cabeza. Después de un rato, Lorena le dijo:

—A ver, camina para allá y regresa...

—Tiene clase para caminar —dijo Edgar—, viendo cómo Bibiana hacía su mejor esfuerzo.

—Más o menos, pero no tiene experiencia —dijo Lorena—. Es un diamante en bruto y habría que pulirla mucho.

Al oír estas palabras que implicaban un posible rechazo, Bibiana fue hacia Lorena y la tomó de la mano.

—Apóyeme señora Lorena —dijo Bibi—. Yo trabajaré duro y aprenderé lo que me tengan que enseñar.

—Son muchas las que quieren una oportunidad —dijo la mujer con altivez—. El modelaje es un ambiente muy competido.

—El sueño de mi vida es ser modelo —dijo Bibi con angustia.

—¿Ah sí? —respondió Lorena—. ¿Y qué estás dispuesta a hacer para lograrlo?

Bibiana no lo dudó ni un segundo.

—¡Todo! —dijo decidida—. ¡Soy capaz de todo con tal de ser modelo!

Lorena la miró de arriba y abajo.

—Está bien. Vente el viernes a ver si tenemos algo para ti.

Apenas Bibiana salió por la puerta, Edgar regresó con Lorena.

—¿Ya puedo cobrar mi comisión? —dijo Edgar.

—Ve con el contador y dile que te dé el adelanto que acordamos. El resto del dinero lo recibirás cuando Bibiana caiga... —le respondió Lorena, con una sonrisa de complicidad.

Cuando Bibiana llegó a su casa, su mamá la miró extrañada. La veía muy bien vestida y traía en las manos una carpeta con fotos. Su hermano Hugo, quien acababa de cumplir 10 años, también se sorprendió.

—Qué guapa se ve Bibi —dijo Hugo mirándola de arriba a abajo—. La verdad, si no fuera porque es mi hermana, le tiraba la onda...

Su mamá le dio un coscorrón.

—Cállate chamaco. ¿Qué cosas son ésas? Y vete a lavar las manos —dijo Lucía.

—Me vas a matar las neuronas de tanto coscorrón —contestó Hugo tallándose la cabeza.

Lucía le arrebató a Bibiana la carpeta con las fotos.

—¿Otra vez andas con la idea de ser modelo? —dijo Lucía molesta.

—¿Qué tiene de malo? —contestó Bibiana alterada.

—Ese ambiente está podrido —dijo Lucía con seguridad—. No es para ti.

—Sí es para mí, mamá, ser modelo es el sueño de mi vida —contestó Bibiana, levantando la voz.

—Entiende hija —dijo Lucía—, yo no quiero que te vayas a echar a perder. Estás muy bonita y...

—Precisamente porque soy bonita es que quiero modelar —respondió Bibiana—. Quiero estar algún día en las mejores pasarelas del mundo, sentir los flashes de las cámaras sobre mí, caminar por la calle y ver mi rostro en las portadas de las revistas de modas y que los diseñadores se peleen para que yo esté en sus desfiles.

—Hija, hablas como si fuera tan fácil —dijo Lucía.

—Para mí sí es fácil mamá —dijo Bibiana—, los chavos en la escuela se me declaran, los hombres me miran por la calle y hasta los dueños de las agencias me paran y me dan sus tarjetas.

Lucía perdió el control.

—¡No puedes pensar así! ¡No sé cómo, pero te quitas esas ideas de la cabeza!

—¡Pues lo quieras o no voy a ser modelo! —gritó Bibiana—. ¿Lo oyes? ¡Voy a ser modelo! Bibiana salió de su casa enfurecida.

El viernes Bibiana se dirigió a la agencia de modelos. Lorena la esperaba.

—Tu primer trabajo será como edecán en una disco —dijo la mujer—, tú y otras más van a promocionar un ron.

—¿Como edecán? —dijo Bibi titubeante—, yo creí...

—¿Que se te iban a abrir las pasarelas del mundo a la primera? —dijo Lorena molesta—. No chiquita, en este negocio hay que empezar desde abajo, así que ya lo sabes. Y si no estás dispuesta a aprender, eso quiere decir que el modelaje no es para ti.

—No señora —dijo Bibiana—, claro que quiero aprender; usted dígame lo que tenga que hacer y yo lo hago.

Bibiana logró engañar a su madre para que le diera permiso de no llegar la noche del viernes, argumentando que se quedaría a dormir con su amiga Cristy y que el sábado muy temprano regresaría a su casa. Su mamá terminó aceptando, arrepentida por haberla tratado inflexiblemente con el tema del modelaje.

Sin mayor problema, Bibiana, Edgar y Lorena llegaron al evento donde la chica se estrenaría. Se trataba de una discoteca en una zona muy conocida de la ciudad. Ahí, Bibiana conoció a Sonia, otra de las chicas de la agencia, quien lucía una blusa muy ajustada y un short diminuto.

—¡Está súper chiquito el uniforme! —le dijo Bibiana sorprendida.

—Nombre —dijo Sonia— éstos están bien, hay otros que en verdad están minis...

—¿Por qué se tardan? —dijo Lorena entrando de golpe—. La fiesta está en su apogeo. Sonrían, sonrían...

La fiesta, en efecto, estaba en su apogeo. Bibiana y otras tres chicas portaban la banda del ron "Aires del

trópico". Detrás de ellas, Sonia bailaba dentro de una jaula. Aún así, Bibiana era la que atraía más la atención.

—¿Ves? —dijo Edgar—. Te dije que Bibiana atraería a los chavos como moscas a la miel.

—Eso no quiere decir que vaya aceptar lo que tú y yo sabemos —dijo Lorena frunciendo los labios.

Sonia salió de la jaula. En seguida buscó a Bibiana.

—Vas Bibiana, te toca —dijo la chica limpiándose el sudor en la frente.

—Oye no —dijo Bibiana sorprendida—. A mí nadie me dijo que tenía que bailar.

Al ver que Bibiana no entraba a la jaula, Edgar se acercó para regañarla.

—Yo no voy a bailar —dijo Bibiana tajantemente.

—No seas tonta, Bibiana —dijo Edgar—, mi socia se dio cuenta de tu potencial, si te niegas lo vas echar a perder todo. ¿No que querías ser la mejor modelo de todas? Con esta falta de decisión no vas a llegar a ningún lado.

Apretando los labios, Bibiana le entregó la charola.

—Está bien, voy a bailar —dijo Bibiana. Apenas entró a la jaula, los clientes de la disco comenzaron a gritar.

El lunes siguiente, Bibiana se presentó a la agencia a cobrar. Nunca había tenido tanto dinero en las manos.

—Mi primer sueldo como modelo... —dijo Bibiana ilusionada.

—Debo reconocer que gustaste mucho en el antro —dijo Lorena—. Mis clientes quieren que el próximo sábado vuelvas a ir.

—Yo hago lo que me diga pero, ¿cuándo voy a empezar a modelar? —preguntó Bibiana guardando el dinero en su bolsa.

—Algún día lo harás —contestó Lorena—. Primero hay que moldearte. Pero si no estás dispuesta a seguir mis consejos lo mejor es que sigas tu camino. Ten por seguro que si me haces caso en todo serás la próxima sensación del *Fashion Week México*.

Bibiana abrió los ojos.

—¿De veras lo cree? —dijo Bibiana.

—Por supuesto —dijo Lorena—. Yo he lanzado a la fama a grandes modelos. Hasta hubo una que se casó con un conde español. Por lo pronto, empezaremos por quitarte esa imagen de chiquilla tonta. Necesito que tus padres firmen una exclusiva para que no vayas a trabajar con otra agencia.

Bibiana no supo qué decir.

—Si alguno de tus papás no firma no hay manera de ayudarte. Sin esa firma no puedes ser modelo porque eres menor de edad —dijo Lorena.

Al llegar a su casa, Bibiana explicó la situación a su madre, quien se negó rotundamente a firmar cualquier cosa.

—Pero mamá, ésta es mi oportunidad —le dijo Bibiana desesperada.

—En lugar de andar con esas tonterías deberías concentrarte en tus estudios. ¿Cuántas veces tengo que decirte que tienes que estudiar una carrera? —dijo Lucía.

—El modelaje es una carrera —respondió Bibiana enojada.

—Yo hablo de una carrera de verdad. Algo que te dé con qué vivir toda tu vida...

Bibiana le enseñó a su mamá el dinero que le habían dado en la agencia.

—Pagan muy bien por ser modelo mamá. Esto es lo que saqué en una noche.

—¿De dónde sacaste ese dinero? —dijo Lucía alarmada—. ¿A dónde fuiste y con el permiso de quién?

—Yo sola me di permiso. Ya estoy grande para tomar mis decisiones. Y como tú no me quieres apoyar, de ahora en adelante haré lo que tenga que hacer para ser modelo —dijo dando media vuelta.

Bibiana buscó a Eliseo, su padre, quien con tal de complacer a su hija, aceptó firmar los papeles.

—Tenga por seguro que nosotros vamos a cuidar de su hija —le dijo Lorena tratando de tranquilizar a Eliseo.

—Eso espero, porque Bibiana es lo más importante para mí —dijo el hombre preocupado, pero cediendo

finalmente—. ¿Dónde más tengo que firmar?

—¡Gracias pa, me haces muy feliz! —dijo Bibiana dándole un beso.

—Eso es lo que quiero hija, que seas feliz —dijo Eliseo, abrazando a su hija.

Esa misma tarde, Bibiana cambió de *look*. Se puso luces en pelo y se colocó sombra en los párpados, lo que la hacía verse mucho mayor. Cuando su madre la miró, se alarmó, pero poco podía hacer ya. Bibiana contaba con un permiso legal firmado por su padre para trabajar como más le conviniera a la agencia.

—No puedo creerlo —dijo Lucía—. Eliseo nomás es bueno para solaparlos.

—Deja a mi papá en paz y no le sigas, que cuando sea famosa y rica me largo de aquí y no me vuelves a ver —le dijo Bibiana con un tono muy grosero.

—¿Qué le pasó a mi pequeña? —dijo Lucía cuando Bibiana salió de la casa dando un portazo.

Sus mejores amigas, Cristy y Karina también resintieron el cambio de Bibiana. "Qué bonita estás. De verdad pareces una modelo", dijeron cuando la vieron. En seguida le preguntaron si planeaba llevarlas con ella, pero Bibiana tenía otro plan: "Lo siento mucho chicas, ahora voy a estar muy ocupada, tanto que voy a dejar de estudiar por un tiempo". Justo en ese momento, llegó Freddy.

—Hola Bibi —dijo Freddy—. Parece que no quieres platicar conmigo...

—No digas tonterías —dijo Bibiana un tanto apenada —. A ti te quiero mucho.

—Y yo a ti más —le respondió Freddy con cariño—. Oye, pero, ¿por qué no vienes con el uniforme?

—Porque por el momento voy a dejar de estudiar —explicó la chica—. Estoy dedicada completamente a mi carrera de modelo.

Sin voltear a ver a Freddy o a sus amigas, Bibiana caminó por la calle hasta que se perdió de vista.

Bibiana siguió yendo a trabajar a la discoteca, turnándose con Sonia para bailar en la jaula, hasta que llegó a ser tan parte del paisaje que los clientes ni siquiera volteaban a verla. Bibiana también perdió todo interés.

—¿Qué te pasa? —le inquirió Edgar muy molesto—. Hoy bailaste peor que nunca.

—Lo que pasa es que ya estoy harta de bailar. Ha pasado un año y no he pisado ni una sola pasarela —respondió Bibiana.

—Todo lleva su tiempo —dijo Edgar—. Agradece que ya fuiste modelo para el catálogo de zapatos.

—¡Sólo se vieron mis pies y ni quien se diera cuenta de que era yo! —dijo Bibiana enojada.

Edgar sonrió maliciosamente.

—Hay otra manera más rápida de llegar a la fama —dijo Edgar. Pero estoy seguro de que tú no vas a querer.

—Ponme a prueba —dijo Bibiana emocionada—. Haré lo que sea por llegar a las pasarelas. ¡Lo que sea!

Edgar llevó a Bibiana con Lorena.

—La agencia organiza desfiles privados para clientes varones muy importantes —le explicó Lorena—. Todos ellos están relacionados con el mundo de la moda.

—¿Por qué no me había dicho nada antes? —preguntó Bibiana sorprendida.

—Porque no estabas preparada, pero este fin de semana hay uno en Acapulco —respondió Lorena—. Si te interesa, está arreglado, habla con mi secretaria para que te dé los detalles.

Apenas Bibiana salió de su oficina, Lorena y Edgar sonrieron con complicidad.

—Pensé que Bibiana nunca iba a aceptar —dijo Lorena, mirando a Edgar.

—Es muy ambiciosa —respondió Edgar encendiendo un cigarro—. Yo me encargo de recogerla después de que haya atendido al cliente.

—Esperemos que el cliente no estropee la mercancía. Bibiana puede ser muy valiosa y apenas vamos a comenzar a desquitar todo lo que hemos invertido en ella —dijo Lorena con malicia.

Dos días antes de ir a Acapulco, Bibiana bailaba en la jaula frente a un grupo de clientes nuevos. Entre ellos estaba Freddy, quien la había buscado por meses. Cuando lo vio de frente, Bibiana se quedó congelada.

—Freddy, espera por favor, déjame explicarte —dijo la chica cuando el joven dio la vuelta para irse.

—No tienes nada qué explicarme —dijo Freddy—. Así que ésta es tu carrera de modelaje. Qué tristeza me da ver que no me pelaste por estar bailando en un antro.

—Las cosas no son como piensas —dijo Bibiana con cara de angustia.

—Si está más que claro —dijo Freddy moviendo la cabeza—. Me decepcionaste y no quiero volver a verte nunca.

Al otro día, temprano, Bibiana habló con su madre del viaje a Acapulco. Lucía se opuso tajantemente, pues temía por su seguridad.

—Ya no puedo más mamá —dijo Bibiana—. Estoy harta de que me trates como una retrasada mental. Sé muy bien lo que hago. Y de una vez te digo que no voy a regresar a la casa cuando vuelva.

—¿Qué dices? —le respondió Lucía impactada.

—Una amiga me invitó a vivir con ella y voy a aceptar —le dijo Bibiana. Todo con tal de no aguantar tus sermones. Después mando por el resto de mis cosas — azotó la puerta con su maleta en la mano.

—Virgencita, cuídame a mi hija por favor —pidió Lucía a la Guadalupana, sin saber qué más decir.

En Acalpuco, Bibiana modeló un espectacular vestido de noche con un escote muy pronunciado y la espalda descubierta. En la mano, Bibiana llevaba una cartulina

con el número 13. Varios hombres sentados en sus mesas la veían con deseo. La chica hizo su mejor esfuerzo tratando de conservar su sonrisa.

En una mesa alejada, un hombre de unos 40 años anotó el número de Bibiana en una paleta y la levantó para que todo mundo la viera. Al ver la acción, Bibiana intercambió miradas con Lorena, quien no dijo nada hasta que llegaron al camerino.

—El vestido que modelaste se acaba de vender —le dijo Lorena—. Lo compró Iván Lavarta. Un importante dueño de revistas de moda.

—¿De verdad? —dijo Bibiana—¿Fue el hombre que levantó la paleta? ¿Crees que él me dé la oportunidad?

—Puede ser. Es un hombre joven y guapo. De hecho ahora mismo tienes que ir a atenderlo —dijo Lorena secamente.

Bibiana tartamudeó.

—¿A qué te refieres? —dijo Bibiana.

—Bien sabes de qué hablo —respondió Lorena dando media vuelta—. Ese hombre quiere contigo y tú vas a complacerlo.

—¿Qué? —respondió Bibiana con cara de terror—. Si no quedamos en eso...

Lorena la tomó por los hombros.

—Escúchame bien niñita estúpida —le dijo Lorena con brusquedad—. No me vengas con tus poses de santa que no te quedan. Tú bien sabías a lo que te

exponías al venir. Además, ¿no que estabas dispuesta a todo por ser modelo? Pues ésta es tu oportunidad. Allá tú si la echas a perder...

Bibiana regresó al salón donde Iván bebía champaña. Bibiana se sentó e hizo su mejor esfuerzo por sonreír.

—Luces espectacular con ese vestido. Eres la más bella de todas —le dijo el hombre acariciándole el hombro.

—Gracias —respondió Bibiana sin saber qué hacer—. Lorena me comentó que eres dueño de varias revistas de moda —agregó Bibiana con la voz quebrada.

—Yo soy todo lo que tú quieras muñeca —le respondió Iván, quien la tomó por la cintura y la besó en los labios.

Cuando Edgar manejaba de vuelta a México, la chica se pasó llorando todo el trayecto.

—Deja de llorar, algún día te ibas a entregar a un hombre —dijo Edgar con fastidio.

—Siempre pensé que mi primera vez sería tan diferente —dijo Bibiana, limpiándose el llanto.

—¿Fue tu primera vez? —dijo Edgar con cara de incredulidad.

—Claro, idiota, por quién me tomas —le respondió Bibiana, sumamente enojada.

Edgar rompió en carcajadas.

—De haber sabido te reservaba para mí —le dijo Edgar en medio de risas.

—Deja de reírte y pon atención a la carretera —le dijo Bibiana, pues se dio cuenta de que Edgar no atendía el volante.

Las carcajadas de Edgar se convirtieron en una mueca de terror, pues unas luces muy intensas le cegaron por completo. Bibiana alcanzó a levantar las manos para proteger su cara pero fue muy tarde, pues sintió cómo los vidrios del parabrisas se le incrustaron en el rostro al impactarse el auto de frente con un tráiler.

Bibiana pasó casi un mes en el hospital. Tenía cortadas en la cara y en los brazos, por lo que estuvo vendada todo ese tiempo. Cuando las heridas cicatrizaron, fue inevitable que la chica pidiera un espejo al doctor que la atendía.

—¡No... no... no... nooooooooo...! —gritó Bibiana estremeciendo a todos los que se encontraban en el cuarto del hospital. Una enorme cicatriz le cruzaba la parte derecha de la cara.

Bibiana no permitió que nadie se le acercara. Cuando fue dada de alta, se encerró en su recámara bajo llave. Se pasaba los días peinando su cabello tratando de tapar la cicatriz que le había arrebatado la belleza.

Uno de esos días, buscando en un cajón un adorno para su cabello, Bibiana jaló sin querer el álbum de fotos de su primera comunión. En él se veía una imagen de la Virgen de Guadalupe. Bibiana recordó aquel día en el que sus papás la felicitaban porque cumplía nueve años. Al ver la imagen de la Guadalupana, Bibiana lloró.

—Ay, Virgencita de Guadalupe, qué estúpida fui —dijo Bibiana muy despacito—. Qué caro pagué

sentirme la más bonita de todas, pero no soy mala, Virgencita, sólo tonta... muy tonta...

Bibiana no se dio cuenta que, mientras decía estas palabras, en el viejo altar que estaba junto a su ropero, apareció una hermosa rosa blanca que comenzó a iluminarse desprendiendo un aroma muy suave.

—Ya sé que lo merecía —continúo diciendo Bibiana —, pero sólo quiero recuperar la vida que tenía antes de irme con esos delincuentes. Ya la belleza no me importa, sólo vivir mejor sin tener que ocultar mi cara.

Unos segundos después, Bibiana bajó a cenar, pues su madre le había rogado que los acompañara. Cuando se sentó a la mesa, el pequeño Hugo miró a su hermana de reojo.

—¿Quieres dejar de mirarme? —dijo Bibiana enojada.

—Perdón, es que yo... —balbuceó Hugo.

—Sí, ya sé que soy un monstruo. ¡Un monstruo! —dijo Bibiana enfurecida, regresando a su recámara.

—Bibiana, hija, espera —le dijo su madre tocando a su puerta—. Hija, por favor, no puedes seguir encerrada. Tienes que seguir adelante, hija, por favor.

—¡Déjenme en paz! ¡Sólo déjenme en paz! —dijo Bibiana llorando detrás de la puerta.

—Está bien hija... sólo... sólo recuerda que estamos aquí para apoyarte —dijo Lucía sin saber qué más hacer.

Bibiana vio la rosa en el viejo altar y se acercó a ella extrañada. Cuando volteó la mirada hacia su álbum de primera comunión, dudó un momento.

—¿Será posible? —pensó— ¿En verdad será posible? Sí... sí... —dijo sonriendo—, gracias Madre Mía, gracias...

La chica se limpió las lágrimas y bajó con la rosa blanca en la mano a terminar de cenar con su familia.

—Mamá, ¿ves esta rosa? —le dijo sentándose a la mesa—. Yo era igual de hermosa y no lo supe aprovechar.

—Hija... —le dijo Lucía enternecida.

—No mamá, estoy bien —dijo Bibiana suspirando—. Estoy muy bien, tal vez como hace mucho no estaba y sólo quiero decirles que de ahora en adelante todo cambiará.

Lucía y Hugo se miraron a los ojos. Este último corrió a abrazar a su hermana.

—Nos haces mucha falta, hermanita —dijo el chico.

—Y ustedes a mí —dijo Bibiana rompiendo a llorar de alegría—. No sé cómo pero voy a recuperar mi vida. Y ustedes... ¿ustedes, podrán perdonarme?, tú mamá, ¿podrás perdonarme?

Su mamá corrió a abrazarla.

—Hija de mi vida... si no hay nada que perdonar.

—Gracias mamá —dijo Bibiana limpiándose las lágrimas—. Te prometo luchar, tratar de volver a ser tan bella como esta rosa, pero ahora por dentro, por dentro...

—Y también por fuera —le dijo su madre—, porque me voy a matar trabajando para pagarte la operación que necesitas. Eso tenlo por seguro.

—Sí, todos vamos a ayudar —dijo Hugo tiernamente.

—Gracias de verdad —dijo Bibiana muy contenta—, gracias por ser mi familia... ¡Mi familia!

Mucho tiempo pasó desde entonces. Bibiana terminó la secundaria y la preparatoria y entró a trabajar en un centro comercial para poder pagar sus estudios y la operación para atenuar la cicatriz de su cara. Uno de esos días que regresó a su casa de trabajar, se sorprendió de lo que vio.

—Alguien vino a visitarte —le dijo Lucía—. Los dejo solos.

Era Freddy, quien por fin la había podido localizar. Sin embargo, la reacción de Bibiana no fue positiva.

—Freddy, yo..., yo no quiero que me mires.

—Tu mamá me contó lo que pasó Bibi, y no me importa, somos amigos, ¿no?

—Sí, Freddy, pero no tú, tú no puedes verme así como estoy —le contestó Bibiana tratando de ocultar su cara.

Freddy la tomó por la barbilla.

—Esas son tonterías. Sigues teniendo los ojos más lindos del mundo, ¿sabes por qué?, porque por dentro siempre has sido la niña más hermosa.

A Bibiana se le escaparon algunas lágrimas.

—Freddy... —dijo muy enternecida.

—No, ya no más lágrimas —le respondió el muchacho suavemente—. Sé, por tu mamá, que ya tienen una parte del dinero para operarte, yo quiero pagar la otra para quitarte esa cicatriz, y no pienso aceptar un "no" por respuesta.

En efecto, Bibiana fue operada por un reconocido cirujano plástico. Cuando despertó de la anestesia, su madre, Hugo y Freddy estaban en el cuarto del hospital esperando el resultado de la operación.

—Virgen de Guadalupe —dijo Bibiana en voz baja, esperando a que el doctor le quitara los vendajes—, que sea lo mejor para mí y para la gente que me rodea.

Cuando el doctor retiró las vendas, Bibiana no quiso abrir los ojos.

—Hija, hija... mírate en el espejo —dijo su madre emocionada. ¡Mírate!

La cicatriz se había reducido a una pequeña línea.

—Bueno —dijo el doctor examinando el rostro de la chica—, tal vez con una o dos operaciones más la marca será imperceptible.

Bibiana tomó el espejo y esbozó una gran sonrisa. Aún así, respiró hondo y pensó en la Virgen de Guadalupe.

—Estoy muy contenta. Ya casi no se ve. Pero eso no es lo más importante. Lo más importante es que estoy bien. Y gracias a ti Freddy, nunca te voy a poder pagar esto, de verdad —dijo Bibiana muy conmovida.

—Bueno. Ahora es mi turno de ser bien sincero contigo Bibi —contestó Freddy—. No fui yo quien puso el dinero para tu operación.

—¿Cómo? —dijo Bibiana muy sorprendida.

—Que no fui yo el que pagó tu operación, fue otra persona —le respondió Freddy sonriendo.

—¿Quién? ¿Quién fue el que pagó? —dijo Bibiana desconcertada.

—Fue Cruz, nuestra compañera de la secundaria, a quien últimamente le ha ido muy bien económicamente. Ella se sentía mal por haber envidiado tanto tu belleza y saber que habías sufrido este accidente. Hace muy poco te vio como cajera en el centro comercial y me buscó para decírmelo. Ella fue quien me dio el dinero.

Días después, Bibiana y Freddy fueron a visitar a Cruz a su oficina. Ella, apenas la vio, abrazó a Bibiana.

—No lo hice por piedad —explicó Cruz—, ni por haberte visto como cajera. El día que te vi en el súper, llegué mal a mi casa. ¿Cómo era posible que tu belleza se hubiera esfumado? Y ahí comprendí la envidia que te tenía cuando íbamos a la escuela. Para arrancarme ese mal sentimiento, decidí hacer algo: qué mejor que ayudar a devolverte, en la medida de lo posible, lo que era tu vida.

—Por favor, déjame abrazarte —dijo Bibiana, muy emocionada por lo que estaba oyendo.

Un viento suave entró por una de las ventanas de la oficina de Cruz; era un viento reparador apenas perceptible, que sanó las heridas del alma de Bibiana. Cruz invitó a trabajar a Bibiana en su empresa. Ambas sintieron que debían perdonarse y a partir de ese momento se volvieron entrañables amigas.

Muy pronto, Freddy y Bibiana se hicieron novios. En casa de Lucía, continuamente Cruz, Bibiana y Freddy comían juntos y hacían planes para salir de vacaciones. En la intimidad de su cuarto, Bibiana nunca olvidó el día en que una hermosa rosa blanca apareció de la nada en el pequeño altar de su recámara y reflexionó en que el perdón y la reconciliación son dos sentimientos que siempre deben estar presentes para combatir otros que nos hacen daño, pues muchas veces no sabemos ni por qué sentimos envidia, y también a veces no entendemos la belleza y no vemos que hay otra más pura, limpia y verdadera: la belleza interior.

Esa reflexión maravillosa invadió con alegría la mente de Bibiana mientras la rosa de Guadalupe comenzaba a desvanecerse en busca de una nueva historia... un nuevo milagro...

NADA VALE LA PENA SI NO COMPARTIMOS LO PRINCIPAL...

LA ÚNICA VEZ

La música sonaba mientras un grupo de cinco chicas terminaban de practicar la coreografía para el concurso de baile de su colegio. Regina urgía a sus compañeras a entregar la tela para sus vestidos porque su modista tenía mucho trabajo. Afuera, su novio, Salvador, la esperaba para irse de fin de semana a Acapulco.

—¿De verdad te vas de fin con tu novio? —le preguntó Paulina sorprendida.

—Claro mensa —respondió Regina sin poder creer la mojigatería de su amiga.

Lourdes también se sorprendió.

—Eres muy aventada, yo no sé si podría —dijo Lourdes, cuya madre tenía muy arraigadas sus creencias religiosas.

—Lourdes, ¿estás tratando de decir que nunca te has ido con un chavo de fin, ni nada así? —preguntó Norma.

—Claro que no —contestó Lourdes.

—Pues serás la única. Eso quiere decir que aún eres virgen —dijo Penélope, otra de las chicas del grupo.

Lourdes frunció las cejas. Era verdad, acababa de cumplir quince años y aún no había tenido relaciones con un chico. Al escuchar que era virgen, todas las chicas, excepto Paulina, comenzaron a carcajearse.

—Te vamos a poner en un altar porque eres la última virgen y pura —dijo Penélope en tono de burla.

—Pues yo tampoco he estado con un chavo —interrumpió Paulina.

Las chicas no paraban de reírse. Penélope se burlaba ahora de las dos.

—Les va a dar cáncer o algo así y por no hacer sexo —dijo Penélope sarcásticamente.

—No tiene nada de malo —dijo Lourdes defendiéndose—. Lo mejor es esperar al chavo correcto.

—¿Y quién te dijo que existe el chavo correcto? —terció Regina poniéndose la mano en la cintura—. ¿Tu mamita? ¿No les parece que ya deberían hacerse mujercitas?

Penélope tomó a Norma y a Regina del brazo y se dirigió hacia la salida.

—Vámonos amigas —dijo riéndose—, dicen que lo mojigato se pega...

Al llegar a casa, Paulina quiso hablar del tema con su madre, pero le fue imposible. Su mamá era diseñadora de interiores y su trabajo la mantenía todo el día al teléfono dando instrucciones a carpinteros y tapiceros que estaban a su cargo. "Hija, ¿podemos hablar

después?", le respondió Abigail, tapando el teléfono y olvidándose del asunto lo más rápido posible. Paulina intentó hablar también con su hermana, quien tenía ya casi 18. La respuesta fue similar: "Ahí está la cosa —dijo Elsa cuando Paulina le pidió que hablaran—, tú y yo no somos amigas, somos hermanas, y las hermanas no se platican cosas. Fuera de mi recámara... ¡Fuera!"

"Te vamos a poner en un altar porque eres la última virgen y pura...". Paulina recordaba las palabras de Penélope, quien no paraba de reír.

—Y aquí ni quién me quiera explicar si está bien ser virgen o no —decía Paulina sola en su recámara.

En la casa de Lourdes las cosas eran incluso peores. Teresa, su madre, cuya devoción por la religión rayaba en el fanatismo, reprendió duramente a Lourdes por haber llegado tarde a cenar.

—Llegaste más tarde que de costumbre —le recriminó Teresa.

—Teníamos el ensayo para el baile —respondió Lourdes al empezar a comer.

—¡Esos bailes, tanta cosa moderna no me gusta! —dijo su madre.

—Es para convivir con mis amigas, mamá —dijo Lourdes molesta.

—Podrían convivir los domingos a la salida de misa —contestó Teresa sirviéndole un vaso con agua—. Pero tus amigas sólo se paran en la iglesia para lucir los vestidos cuando hay quince años. De una vez te

advierto que yo misma voy a supervisar el largo de la falda del uniforme del dichoso baile.

Cuando Lourdes estuvo sola en su cuarto, sus pensamientos se tornaron muy similares a los de Paulina. "Ya de por sí es difícil para mí encajar y ahora todas en la escuela saben que soy virgen. Y en mi casa, ni cómo preguntarle a mi mamá, es tan mocha..."

La virginidad de Paulina y Lourdes se convirtió rápidamente en el tema de plática de las chicas de la secundaria. Pero no sólo eso, sino que dio lugar a un juego perverso. Al término de la práctica de baile, Norma, Penélope y Regina abordaron nuevamente el tema.

—Bueno —dijo Lourdes limpiándose el sudor—, ¿qué era eso tan importante de lo que nos tenían que hablar a Paulina y a mí?

Las tres chicas se miraron con una sonrisa de complicidad.

—Bueno... se trata de su virginidad.

—¿Van a empezar a burlarse otra vez? —dijo Lourdes irritada.

—Queremos ayudarlas —dijo Regina con una sonrisa que no pudo disimular.

—¿Cómo? —dijo Paulina haciendo una mueca de fastidio.

Regina se acercó a ellas.

—Pues aquí entre nosotras ya empezamos a hacer apuestas. Y apuesto a que tú, Paulina, perderás la virginidad primero que Lourdes. Es más, ya te metí una lana.

—Y yo aposté por ti —dijo Penélope refiriéndose a Lourdes—, así que ahora no me puedes fallar...

Lourdes y Paulina intercambiaron miradas. Paulina sonrió abiertamente.

—Va —dijo Paulina— yo sí le entro. Estoy segura de que te voy a ganar —dijo sin dejar de mirar a Lourdes.

—Yo también acepto. Pero tendrá que ser con un chico que me guste —dijo Lourdes, pensando que tal vez no era mala idea.

Las cinco chicas se dividieron en dos "equipos". Uno conformado por Regina, Norma y Paulina, y el otro por Lourdes y Penélope. Ese mismo viernes, el primer "grupo" buscó por todos los medios salir más temprano. El objetivo era ir al colegio mixto del novio de Regina, para buscarle "prospectos" a Paulina.

—Si un chavo te gusta, dilo y ya —dijo Norma apurando a Paulina, quien veía pasar y pasar chicos sin que ninguno le gustara.

—Es que no me gusta ninguno —dijo Paulina torciendo la boca.

—Vamos a la entrada para que puedas escoger mejor —dijo Norma, haciendo una seña a Regina, quien platicaba con su novio Salvador.

Cuando llegaron a la puerta principal, un chico muy atractivo salió y chocó con Paulina.

—Perdón, discúlpame, venía muy distraído —dijo el muchacho, quien respondía al nombre de Aldo.

Al verlo, Paulina se quedó petrificada.

—Yo... yo... yo también venía distraída —dijo Paulina balbuceando.

—¿Pero estás bien, verdad? —dijo Aldo, recogiendo algunas libretas que le había tirado a Paulina—. Perdón, pero tengo que irme, tengo prisa. Adiós...

—Mmmmm —dijo Norma dándole un empujoncito en la espalda a Paulina—, me late que ya escogimos...

Paulina le correspondió con una sonrisa.

—Sí, ya escogimos... —dijo la chica.

Lourdes llevó a su "equipo" al lugar en donde, ella creía, estaba el hombre de sus sueños. Se trataba de la iglesia a la que todos los domingos asistía a misa con su madre.

—¿Te has vuelto loca? —dijo Penélope cuando vio que Lourdes la había llevado a una iglesia en busca de Gerardo, el chico que tocaba la guitarra en el coro.

—¿Por qué? —le dijo Lourdes—, Gerardo es el chavo que me gusta desde siempre.

—Sí, pero resulta que está a medio paso de ser cura —dijo Mayte, otra chica que se había sumado al grupo al

enterarse que la virginidad de Lourdes y Paulina estaba en juego.

—Ésa fue la condición que pusimos —respondió Lourdes molesta—, que se tratara de un chavo que me gustara.

—¡Agg! —dijo Penélope, haciendo una mueca de asco —, está bien, pero ya estoy viendo que va a ser bastante difícil ganar esta apuesta.

Como Lourdes no se atrevía a acercarse al muchacho, Penélope lo hizo por ella. Sin cohibirse en ningún momento, Penélope se presentó y le dijo que su amiga, que se llamaba Lourdes, quería platicar con él.

—Ah sí —dijo Gerardo reconociendo a Lourdes a lo lejos—, sí la he visto, viene a la iglesia con su mamá.

—Entonces no te ha pasado desapercibida —dijo Penélope pícaramente—. Estamos de gane. ¿Qué crees? Te invitamos un café. ¿Aceptas?

Penélope y Mayte dejaron a los dos chicos en la cafetería. Gerardo le confesó a Lourdes que llevaba tiempo queriendo hablarle pero no se animaba. Lourdes se emocionó mucho y quedaron de seguirse hablando.

Por su parte, Salvador, el novio de Regina le insistía a Aldo para que saliera con una chica que no conocía.

—Ándale —le dijo Salvador a Aldo—, vamos a salir con esa chava.

—No —respondió Aldo—, la neta no me gustan las citas a ciegas.

—Te pago una lana —interpuso Salvador.

—Aunque me pagaras la colegiatura de todo el año —dijo Aldo—. Ya te dije que no.

Aldo terminó aceptando, pues Salvador le ofreció conseguir el examen de matemáticas, materia en la que Aldo iba muy mal. Al día siguiente, en una fiesta que Regina organizó, se hicieron las presentaciones.

—Hola Regina —dijo Aldo, saludando a la novia de su amigo Salvador.

—Qué onda Aldo —contestó Regina—, creo que no conoces a mi amiga Paulina...

—Hola —dijo Paulina muy nerviosa sin poder ocultar cuánto le gustaba el muchacho.

—¿Tú eres la chava con la que tropecé hace unos días, no? —dijo Aldo reconociéndola inmediatamente.

—Sí —dijo Paulina emocionada—, no creí que te acordaras...

—Claro que me acuerdo —respondió Aldo—. No me digas que tú eres la chava que Salvador quería presentarme...

Al otro lado de la sala, Regina y Norma celebraban el avance de su plan.

—¡*Yes*...! —dijo Regina—, parece que ya la hicimos...

Mientras tanto, en su casa, Lourdes trataba de escribir una carta a Gerardo, el guitarrista de la iglesia: "Espero que de ahora en adelante nos vayamos conociendo

más y más. Lo que he podido descubrir de ti me ha gustado mucho. En verdad me alegro de que seamos amigos y ojalá lleguemos a ser algo más. Gracias por compartir conmigo el cancionero y espero muy pronto poder tomar clases de guitarra..."

Cuando Penélope escuchó la carta en voz alta dejó de pintarse las uñas.

—¿Neta que le vas a dar esta carta? —dijo Penélope con cara de asco.

—Sí, ¿por qué? —contestó Lourdes.

—Me mareas con tanta miel —dijo Penélope haciendo una mueca—, a ver dame aquí.

Penélope rompió la carta que había escrito Lourdes y comenzó a escribir una nueva que decía: "Desde que te vi, supe que tus labios besarían mi cuello..."

Lourdes se espantó.

—¿Oye no te parece que es demasiado? —dijo Lourdes quitándole la pluma y el papel.

—Mira —dijo Penélope—, siendo tímida jamás vas a perder la virginidad y nosotras vamos a perder la apuesta. Y eso no puede suceder. No puede suceder...

Justo en ese momento, sonó el celular de Penélope.

—Hola Penny —dijo Regina al otro lado del auricular —. Te hablo para decirte que Paulina ya tiene elegido a su galán, se llama Aldo y, por cierto, es más guapo que el *teto* de la iglesia. ¡Vamos ganando!... Chaíto...

—¿Ves a lo que me refiero? —dijo Penélope azotando su teléfono en la cama—. Paulina ya tiene galán y si seguimos escribiendo las cartitas taradas que tú quieres hacer vamos a perder la apuesta.

Curiosamente, el lunes siguiente, la maestra Liliana de la escuela tocó el tema de la sexualidad en la materia de relaciones humanas.

—La educación sexual tiene que empezar con nosotras mismas —dijo la maestra Liliana—, lo principal es respetar nuestros cuerpos. No voy a decirles que el sexo es solamente con fines reproductivos, por supuesto que nuestros cuerpos sienten. Pero en ese sentir está el ejercicio responsable del sexo.

Norma levantó la mano.

—¿Y hay alguna edad para acostarse con un chavo? —preguntó Norma.

—Claro que no —contestó *miss* Liliana—, pero es recomendable tener madurez para decidir responsablemente cuándo tenerlo. Ser irresponsable puede traerte gravísimas consecuencias.

—¿Cómo cuáles? —interrumpió Lourdes muy atenta a lo que estaba escuchando.

—Enfermedades como el SIDA o enfermedades venéreas, y también podría traerles un embarazo no deseado —contestó la maestra.

—¿Entonces es malo pensar en la primera vez? —cuestionó Paulina con seriedad.

—No —contestó la profesora contundentemente—, pero más que llamarlo así, deberían hacer conciencia de que no sólo es la primera vez, también es la *única* vez que van a entregar y a experimentar algo que es muy suyo, sólo de ustedes. Y, no es por nada, pero estarán de acuerdo conmigo en que no cualquier *patán* es merecedor de algo que es tan nuestro, ¿no?

La mayor parte de las chicas de la clase rieron, pero Lourdes y Paulina se quedaron calladas.

Al otro día, después del ensayo, Lourdes y Paulina platicaron de la conveniencia de visitar a la profesora Liliana para que las orientara mejor sobre el uso de los anticonceptivos, ya que no querían correr riesgos en su primera relación sexual. La maestra Liliana les ofreció su ayuda pero les pidió que leyeran primero unos folletos en los que se detallaban varios aspectos de la sexualidad. Después, les dijo, les aclararía cualquier duda.

Paulina llegó a su casa a la hora de la cena. Abigail no dejaba de recibir llamadas de trabajo en su celular. Sin embargo, colgó al ver el folleto que su hija traía en las manos.

—¿Y ese folleto? —le preguntó viendo claramente que se trataba de un tríptico sobre información sexual.

—Me lo dio *miss* Liliana —respondió Paulina.

Abigail se incomodó.

—¿Y, si quieres hablar de sexo, por qué no me preguntas? —dijo Abigail.

—Lo he intentado mamá —respondió Paulina—, pero tú siempre estás ocupada.

—Pues me hubieras insistido. ¿Qué es lo que quieres saber? —dijo Abigail.

—Ya nada, mamá —dijo Paulina comenzando a comer —. Lo que quería preguntarte ya me lo resolvió el folleto...

En la casa de Lourdes, la reacción fue un poco más violenta.

—¿Qué significa esto? —dijo Teresa cuando vio lo que Lourdes traía en la mano.

—Son unos folletos que me dio *miss* Liliana —respondió la chica.

—¿Qué? —dijo Teresa enfureciéndose—. ¿Una maestra de tu escuela se atrevió a darte pornografía?

—Mamá —dijo Lourdes moviendo la cabeza—. Son unos folletos de educación sexual.

Teresa aventó su servilleta sobre la mesa.

—¡Es pornografía! Y en mi casa no la tolero. Mañana mismo iré a esa escuela a quejarme porque no estoy de acuerdo en que recibas esa clase de educación —dijo la madre de Lourdes haciendo pedazos los folletos.

En efecto, al otro día muy temprano, Teresa se apareció en la oficina de la maestra.

—En esta institución, señora, respetamos la religión de cada quien, pero en la actualidad hay que darles armas

a las niñas para que aprendan de un mundo que puede ser muy cruel con ellas —dijo la profesora Liliana tratando de defenderse de los ataques de la mamá de Lourdes.

—Sigo sin estar de acuerdo —interpuso Teresa muy molesta—, para mí es pornografía. Y yo no quiero que le enseñen pornografía a mi hija.

La maestra Liliana no tuvo más remedio que ceder un poco.

—Señora, ésta es una materia optativa. No vamos a obligar a que su hija la curse, pero me gustaría que lo pensara dos veces.

—He dicho mi última palabra —dijo Teresa levantándose de repente—. Si vuelvo a enterarme, no sólo voy a sacar a mi hija de este colegio, sino que hablaré con la sociedad de Padres de Familia para que tomen las medidas que consideren necesarias.

Pero las cosas entre las chicas empeoraron. De un simple juego, la virginidad de Paulina y Lourdes había pasado a ser *vox populi*. Pronto, otras chicas del colegio comenzaron a hacer apuestas.

—Estamos contigo... —dijo una chica a Lourdes mientras ésta caminaba por un pasillo buscando a Paulina.

—Ya te aposté toda mi mesada, no me decepciones —dijo otra, a quien Lourdes no conocía.

—¿Qué está pasando? —dijo Lourdes desconcertada. La respuesta se la daría Paulina, quien la detuvo.

—Pasa que estamos en internet —dijo Paulina—. Regina subió una página y ahora cualquiera puede apostar por cuál de las dos perderá la virginidad primero.

—¿Cómo? —dijo Lourdes muy sorprendida.

—Sí. Yo llevo setenta mil pesos más que tú... Estamos en la página más popular del momento...

A Lourdes no le empezó a gustar el juego.

—Paulina, esto es muy serio —dijo Lourdes moviendo la cabeza en señal de reprobación.

—¿No te parece que estás exagerando? —interrumpió Regina, quien apareció de pronto.

—Te pasaste, Regina... —dijo Lourdes.

—Lourdes va a ganar, ya lo verás —dijo Penélope, quien acababa de llegar también.

Lourdes las paró en seco.

—Claro que no, esto tiene que detenerse ahora mismo —dijo Lourdes muy enojada.

—De ninguna manera —respondió Regina—, lo que está en juego es mucho dinero y ninguna de las dos se puede rajar.

—Ésta es una broma que comienza a pasarse de la raya —contestó Lourdes con los ojos muy abiertos.

—Ahí está la cosa tontita —dijo Regina—, la apuesta para que perdieran su virginidad, no era una broma...

Lourdes se volteó hacia Paulina pidiendo apoyo.

—Paulina, diles que es una broma. Diles que ya no quieres jugar y que bajen nuestras fotos de esa página de internet.

Paulina se mostró divertida.

—Es una broma, relájate. ¿Qué puede pasar si seguimos con el juego?

—¡Claro que no!, esto tiene que parar ahora mismo —dijo Lourdes desesperada.

Penélope levantó la voz al ver que Lourdes se estaba arrepintiendo de participar en el juego.

—Mira Lourdes, no voy a dejar que Regina y Paulina ganen la apuesta, así que tú vas a seguir o...

—¿O qué? —dijo Lourdes con actitud desafiante—. ¿Me vas a obligar a acostarme con un chavo?

—No —dijo Penélope parándose junto a Norma y Mayte, quienes ya habían llegado—, haré algo peor. Le voy a mostrar la página a la mocha de tu mamá para que se te quite, ¿no dices que tu madre es terrible?

Lourdes puso cara de pavor.

—Si le enseñas algo a mi mamá, ¡me mataría!

—Nos da gusto saber que sigues en el juego —dijo Mayte, quien se había mantenido callada todo el tiempo.

—Entonces vamos a ganar —dijo Penélope chocando las palmas con Regina, Mayte y Norma.

Lourdes llegó muy preocupada a su casa. En el patio, donde había una escultura en cantera de la Virgen de Guadalupe, la chica se detuvo y empezó a rezar.

—¿Qué hice, Virgencita? —dijo en voz baja—. Nunca me imaginé que una broma, un juego, se iba a salir de control. Perdóname, por favor, perdóname, yo... yo no quiero acostarme con ningún chavo así como así. Por favor, que esta broma no termine haciéndome daño, ni a mí, ni a Pau. Por favor Virgencita, por favor...

En la puerta principal de la casa, un diáfano haz de luz cayó del cielo, una magnífica rosa blanca de Castilla comenzó a aparecer esplendorosa, con pétalos tersos con la suavidad que seguro tienen nuestras almas.

Un viento suave y cálido, extraño en esa época del año, le alborotó el cabello, pero Lourdes no le tomó importancia y entró a la casa. Poco rato después, alguien tocó el timbre. Se trataba de Gerardo, el chico del coro de la iglesia, quien había conseguido su dirección y venía a visitarla.

Cuando Lourdes abrió, Gerardo le dio una hermosa rosa blanca.

—Hola, toma esta rosa estaba aquí, tirada en la puerta —le dijo el muchacho.

—Qué raro —contestó Lourdes—, se le debe haber caído a alguien. Pero pasa, no te quedes ahí —agregó la chica, acomodándose el cabello que se le había despeinado con el viento.

—No, gracias —dijo Gerardo—. Leí tu carta...

—¿La... leíste...? —tartamudeó Lourdes.

—Sí —respondió Gerardo—, y bueno, no sé qué decirte. La verdad no eres la chica que yo creía que eras...

Lourdes no supo qué decir. Gerardo dio la media vuelta y se fue. A Lourdes se le escapó una lágrima sin darse cuenta, apretó la rosa blanca que comenzó a intensificar su aroma.

Regina, Norma, Mayte y Penélope no confiaban ya en Lourdes. La cuenta de banco que habían abierto para que la gente depositara sus apuestas ascendía ya a la increíble cantidad de 200 mil pesos.

—La cosa es que si Lourdes se raja ahora, adiós viajecito a Cancún —dijo Regina en un café cercano a su casa.

—Debe haber algo para que Lourdes no se raje —dijo Penélope.

—A mí Lourdes ya me dio desconfianza, además, ¿cómo vamos a comprobar que perdieron la virginidad? —dijo Mayte.

—Sencillo —respondió Regina—, todos los celulares tienen video, que se tomen uno cuando estén con el chavo y listo.

Ésa era la condición que Paulina había aceptado para esa noche. "Estoy tan emocionada —pensaba Paulina mientras se arreglaba, pues Aldo había quedado de

pasar por ella para ir a una fiesta—. Aldo, papacito. Hoy vas a ser mío. ¡Hoy voy a dejar de ser virgen!"

Pero esa noche no le salió bien a Paulina. Cuando Elsa, su hermana, vio que nadie pasaba por Paulina comenzó a burlarse de ella. "Para mí que ya te dejaron plantada", le dijo Elsa con sarcasmo. De puro coraje, a Paulina se le llenaron los ojos de lágrimas.

Mientras tanto, Lourdes reflexionaba sobre el mismo asunto pero en otro sentido. "Cómo pude ser tan estúpida. Eché a perder un noviazgo con Gerardo que pudo ser tan bonito", dijo Lourdes, mientras veía resplandecer su rosa.

El lunes, a la salida de la escuela, lo primero que hizo Paulina fue ir junto a Regina al colegio donde estudiaban Salvador y Aldo.

—Aldo... Aldo... Hola... —dijo Paulina muy nerviosa cuando vio al muchacho.

—Hola —respondió Aldo con parquedad.

—¿Qué pasó? —dijo Paulina con cara de incertidumbre—. Te estuve esperando, me dejaste plantada.

—Mira, Paulina —contestó el chico—, lo siento, pero me di cuenta de que no eres la clase de chava que yo creía.

—¿Qué dices? —le dijo la chica—. ¿A qué te refieres?

—Ya supe lo de las apuestas y lo de la página de internet —dijo Aldo poniéndose serio—. Te creí

distinta y mira, no quiero ser grosero, pero tú no eres la chava que a mí me conviene, ¿ok?

—Aldo, no... —alcanzó a decir Paulina mientras Aldo daba media vuelta y se perdía por la calle.

Paulina estaba desecha. Enseguida fue con Regina para explicarle lo sucedido y ésta lo tomó a la ligera.

—Pues qué *teto* —dijo Regina con desprecio—. Ahora tendremos que buscar a otro con quien te acuestes...

De la misma manera, Penélope y Mayte decidieron visitar a Lourdes.

—Como hoy no fuiste a la escuela, pasamos a verte a tu casa —dijo Mayte con malicia al sentarse en la sala.

—Hoy no me sentí bien y por eso no fui —contestó Lourdes.

Penélope la jaló de la blusa.

—Escúchame bien, *idiotita*. Tú tienes un compromiso conmigo, ¿entiendes?

Lourdes apenas pudo reaccionar.

—Ya te dije que conmigo no cuentes —respondió Lourdes.

—Muy bien —dijo Penélope soltándola de golpe—, entonces, sería padrísimo conocer a tu mamá...

Esa semana las cosas también empeoraron para Paulina. De camino a casa, ella y su mamá —quien como de costumbre iba arreglando asuntos por

teléfono— fueron interceptadas por un par de chicos que comenzaron a molestarlas. Uno de ellos se acercó al oído de Paulina.

—Oye chiquita, si quieres te hago el favor, yo te ayudo a ganar... —dijo el joven que no pasaba de los 18 años.

Abigail colgó el teléfono.

—¿Qué fue lo que le dijiste a mi hija, *patán*? —respondió Abigail con actitud agresiva.

—Mamá, vámonos por favor... —reaccionó Paulina.

—Eres la chava del internet, no te hagas —dijo el otro chico quien se puso de repente enfrente de las dos mujeres.

La madre de Abigail comenzó a pedir auxilio, mientras los dos jóvenes se alejaban muertos de la risa.

—¡Desgraciados! ¿Estás bien, hija? —le preguntó Abigail a Paulina—. ¿Qué pasa? ¿Por qué esos tipos te dijeron que eras la chava del internet?

—No lo sé —dijo Paulina—, no lo sé. Por favor, mamá. Vámonos, tengo mucho miedo...

Pero las cosas no pararon ahí. Al día siguiente, su amiga Lourdes recibió de nuevo la visita de Penélope. Esta vez acompañada de un desconocido.

—Hola, Lou... ¿cómo seguiste? —dijo Penélope apenas Lourdes le abrió la puerta.

—Mucho mejor gracias —respondió Lourdes extrañada—. No debiste haberte molestado en venir...

—No es molestia —dijo Penélope entrando sin pedir permiso—. Pero pasábamos por la calle y como vimos a tu mamá irse a la iglesia, pues decidimos entrar. Mira, él es Mariano, mi primo, y, bueno, se enteró de la apuesta y quiere ayudarnos a ganar...

El chico la miró de arriba a abajo.

—Eres mejor en persona que en la foto de internet —dijo el muchacho apretando libidinoso un labio.

Paulina estaba en la misma situación. Regina la había citado en su casa. En el sillón estaba Salvador.

—¿Te has vuelto loca? —le dijo Paulina haciendo una mueca de asco—. ¿Para esto me hiciste venir?

—Sé práctica, Pau —respondió Regina—, da lo mismo que te acuestes con un niño que con otro. Salvador está dispuesto a hacernos el favor. La cámara de mi *cel* ya está lista...

Paulina contestó la mirada lasciva de Salvador con una cara de repulsión.

—¡Te volviste loca! ¡A mí para nada me gusta tu novio!

Salvador se paró de repente y fue hacia ella.

—Claro que te voy a gustar, soy mejor que Aldo —dijo el muchacho, al tiempo que se le iba encima para besarla.

—¡Idiota, déjame! —gritó Paulina tratando de zafarse.

—Será mejor que cooperes —dijo Regina con descaro, mientras grababa la acción con su teléfono—. ¡Ganamos esa apuesta porque la ganamos!

En su casa, Lourdes tomó una roca que estaba al pie de la escultura de la Virgen de Guadalupe.

—Ni si quiera te atrevas a acercarte —le dijo Lourdes a Mariano cuando éste dio dos pasos hacia ella.

—¿Qué onda con tu amiga? —respondió el muchacho dirigiéndose a Penélope—. ¿No que quería perder la virginidad?

Lourdes lo miró con asco.

—Pero no contigo, grasiento... —le dijo la muchacha.

—¿Qué onda contigo, Lourdes? —respondió Penélope con desgano—. Vas a romper la Virgen de tu mamá, se va enterar de todo esto. Y eso es algo que no quieres, ¿o sí?

—¡Lárguense antes de que los descalabre! —contestó Lourdes.

Penélope y Mariano se fueron. Al otro día, Paulina buscó a Lourdes para hablar de lo que le había pasado.

—Tenías razón, Lourdes —dijo Paulina—, esta broma ya se pasó de la raya, y ya no sé qué hacer...

—Te dije que le paráramos, pero no quisiste hacerme caso —le recriminó Lourdes cuando Paulina le contó todo.

—Ya no quiero seguir con esta estupidez —dijo Paulina, ya me reconocieron hasta en la calle.

—Claro tonta, estamos en internet, ¿qué esperabas? —dijo Lourdes muy molesta.

—Lo peor de todo es que el chavo que me gusta no quiere saber de mí porque cree que soy una cualquiera —dijo Paulina.

—Y yo no tengo cara para ver al niño que siempre me ha gustado por una carta que yo ni siquiera escribí —dijo Lourdes.

Paulina comenzó a mover la cabeza negativamente.

—Con la virginidad no se juega —dijo Paulina—. Yo ni siquiera he sentido ganas de estar con un chavo...

—Yo menos —dijo Lourdes—, somos unas idiotas... —Las dos amigas se abrazaron, justo en el momento que un viento reparador rompió en sus rostros y se filtró en sus almas.

Al otro día, en la escuela, las madres de Paulina y Lourdes no podían creer lo que la maestra Liliana les mostraba en la pantalla de la computadora.

—¡Yo la mato! —dijo Abigail—. Con razón el otro día aquellos tipos dijeron que Paulina era la chava de internet...

La profesora Liliana trató de calmar a las mamás de Paulina y Lourdes, quienes se encontraban presentes.

—Entiendo su enojo, señoras —dijo la maestra con la mayor calma que pudo—, sus hijas han cometido

errores, es verdad. Lo sé. A mí me buscaron porque no sabían a quién recurrir.

—¿Cómo que no tiene a quién recurrir? Lourdes me tiene a mí que soy su madre —dijo Teresa.

—Mamá —dijo Lourdes— no te molestes, pero a veces eres demasiado rígida y me da miedo decirte lo que me pasa. Dejé que una broma llegara más lejos porque una amiga, bueno, una que creí que era mi amiga, comenzó amenazarme con decirte todo esto. Mamá —continuó Lourdes—. No te enojes, tienes un chorro de cosas positivas, pero cuando se trata de temas como el sexo te pones mal y no hay manera de hablar contigo. Fui una tonta y caí en un juego que salió mal. Lo siento, de verdad...

Teresa reaccionó de forma inesperada.

—Está bien hija —dijo Teresa respirando profundamente—, sé que hay temas que son difíciles para mí y hablaremos de eso en casa, pero ahora haré un mayor esfuerzo por entenderte.

—Mamá... —dijo Lourdes muy conmovida, abrazando a su mamá.

Paulina volteó a ver a su madre.

—Má, yo igual, quise acercarme pero siempre estabas ocupada...

—Lo sé —dijo Abigail—. Muchas veces te veo a ti y a tu hermana y me siento mal. Sé que debo estar más cerca de ustedes porque están en una edad en la que me necesitan. Tuvo que suceder esto para darme cuenta de que nada vale la pena si no compartimos lo

principal: la comunicación y el cariño de madre a hija...

—Lo siento, mamá —dijo Paulina dejando escapar una lágrima.

—No, hija —le contestó Abigail—, soy yo la que debe pedirte perdón, pero vamos a salir adelante juntas...

Teresa se dirigió de repente a *miss* Liliana.

—¿Van a expulsar a nuestras hijas, maestra Liliana? —dijo Teresa.

—No señora —respondió la profesora—. Vamos a hacer una cosa mejor, ¿verdad chicas?

—Sí —contestó Lourdes—. A *miss* Liliana se le ocurrió que nuestra experiencia puede servirle a las demás.

—Vamos a ir salón por salón a hablar de las consecuencias sobre este tema —explicó Lourdes—. Para que se enteren que la sexualidad de una mujer no es un juego.

Su madre volvió a dirigirse a la profesora Liliana.

—¿Y las compañeras que hicieron esto, maestra?

—Por ellas no se preocupe —dijo la docente—, le aseguro que están recibiendo su merecido.

Y así era. Regina, Penélope, Mayte y Norma fueron llamadas a la dirección. Al ser confrontadas por la

directora, Norma les echó la culpa a Regina y a Penélope. Mayte se mantenía callada.

—Demasiado tarde, jovencita —le respondió la directora—. A este colegio no le conviene tener delincuentes y ustedes lo son. Lo que hicieron fue una especie de trata de blancas, así que quedan las cuatro expulsadas definitivamente de esta institución.

Cuando las chicas recogieron sus cosas, se encontraron a Paulina y a Lourdes entregando volantes afuera de la escuela.

—¿Qué es esto? —dijo Regina cuando las tuvo enfrente.

—Toma uno —le dijo Lourdes—, es un manifiesto en el que le decimos a toda la escuela que Pau y yo decidimos seguir siendo vírgenes.

—Y que la apuesta fue invento tuyo y de Penélope, y que no se dejen ver la cara —agregó Paulina—. Ah, y queremos comunicarles que nosotras también hicimos una apuesta.

Lourdes sacó una moneda de un peso y se la dio a Paulina.

—Sí. Pau me ganó. Le aposté a que no las expulsaban pero veo que me equivoqué...

Penélope y Regina quisieron abalanzarse sobre ellas, pero ya un montón de chicos y chicas se les habían arremolinado para cobrar las apuestas. "¡Quiero mi lana! ¡Rateras! ¡Devuélvanos nuestro dinero!", se oía por toda la calle. Paulina volteó hacia Lourdes.

—Vámonos amiga, te invito un helado —le dijo pasándole el brazo por el hombro.

—Pero tú pagas porque ganaste la apuesta —contestó Lourdes con una sonrisa.

Paulina propuso que buscaran a Aldo y a Gerardo para explicarles todo lo que había sucedido. Mientras caminaban, Lourdes pensó: "La sexualidad no es un juego ni una broma y, mucho menos, una apuesta. La sexualidad no es mala, pero se debe elegir con madurez. ¿A qué edad es el mejor momento para iniciar la vida sexual? Eso lo debe decidir cada quien. Claro que es chido sentir cosas lindas por un chavo y amarlo responsablemente, pero hay que pensarlo bien porque no sólo experimentamos una primera vez, sino que se trata de una primera y maravillosa *única* vez..."

Cuando Lourdes terminó de pensar en esto, respiró profundamente y recordó la hermosa rosa blanca que aún estaba frente a la escultura de la Virgen de Guadalupe. Sin saber por qué, un viento suave le agitó el cabello y un sentimiento de calma y felicidad le llenó el pecho, justo antes de perderse junto a Paulina entre la multitud de estudiantes que se alejaba por la calle, mientras de nuevo un haz de luz comenzó a filtrarse y se posó sobre la delicada rosa, que comenzó a desaparecer frente a la figura de cantera de Santa María de Guadalupe.

MAMÁ... COMO NUESTRA SANTA MAMÁ DE GUADALUPE ES QUIEN SIEMPRE ESTÁ A NUESTRO LADO PARA QUE NUNCA TENGAMOS MIEDO... MAMÁ QUE NOS TOMA DE LA MANO Y NOS MANDA UNA ROSA CON UNA NOTA QUE DICE: CON TODO MI AMOR...

CON TODO MI AMOR

Esa mañana, en casa de Zoila, Paulina y Diana se preparaban para asistir a la escuela ubicada en una de las zonas más exclusivas de la ciudad. Paulina, con un carácter cada vez más difícil por haber entrado a la adolescencia, reclamaba a Dolores, la todavía joven muchacha de servicio, que la peinaba como todos los días.

—Ten cuidado Dolores, ¡me estás jalando el pelo! —reclamó Paulina apartando el peine de su rebelde cabello rubio.

—Perdón Pauli, pero ¿estás segura de que te pusiste acondicionador? —contestó Dolores buscando deslizar con más cuidado el peine.

—Obvio sí —dijo Paulina, quien ya había dejado de ser aquella niña tierna y aplicada de los primeros dos años de la secundaria.

—Pues no parece Pauli, tienes el cabello muy enredado —dijo dulcemente Dolores, preocupada por no lastimar a la chica.

—Lo que pasa es que eres una inútil, dame el peine, yo termino de hacerlo —dijo Paulina de mala gana levantando la voz—. Ashhh... Cada vez eres más torpe... si sigues así le voy a pedir a mis papás que te

corran. ¡Y no me digas "Pauli"!, tú no tienes derecho a llamarme así, ¿me entiendes?

Molesta, Paulina chocó en el pasillo con su hermana, quien ya iba rumbo a la cocina para tomar el desayuno. Diana se acercó a Dolores para tratar de consolarla un poco, pues había escuchado todo.

—No sé qué le pasa a Paulina, cada día está más grosera —dijo Diana sentándose a la mesa.

—No es su culpa mi niña, a veces hago que pierda la paciencia —respondió la mujer tratando de disimular su tristeza.

—No creo Dolores. Se siente mucho porque es la mayor y la más bonita, pero eso no le da derecho a ser grosera. Deberías ponerla en su lugar —dijo Diana.

—Yo sé muy bien el lugar que ocupo en esta casa mi niña —contestó la mujer—. Yo soy una simple empleada. Eso no sucederá nunca.

Ese mismo día, a la hora del recreo, Cristóbal, el más popular de los chicos de tercer grado, se acercó con gran seguridad a Paulina. Hacía tiempo que la tez blanca y los ojos claros de la chica le habían llamado la atención. No faltaban los muchachos de la clase que lo alentaban a que la hiciera su novia.

—Hola, ¿te puedo acompañar? —dijo Cristóbal con una mirada de seguridad, sabiendo que casi toda la escuela era cómplice a la distancia.

—Sí claro, ¿por qué no? —contestó Paulina, quien de alguna manera ya preveía lo que iba a pasar.

—Mmm, desde cuando te quería decir algo pero casi siempre andas muy acompañada por tus amigas —dijo Cristóbal con una sonrisa.

—Pues dime, ¿de qué se trata? —dijo la chica con un dejo de coquetería.

—Pues tú ya sabes lo que quiero decirte —respondió el muchacho, quien enseguida tomó la mano de Paulina.

—Sí, pero dímelo tú —dijo la chica retirando rápidamente su mano de la de Cristóbal.

—La verdad es que me lates un buen y quiero que seas mi chava —contestó resueltamente el chico levantando ligeramente la ceja—. ¿Cómo ves Paulina, me das el sí? —recalcó con fuerza, tomándole la mano de nuevo.

Disimulando un poco la sonrisa que ya se dibujaba en su cara, Paulina respondió inmediatamente.

—Por supuesto, me pasas un buen Cristóbal. Va, me late...

—Tú también a mí —dijo Cristóbal sin perder por un solo momento el aplomo—. Verás que la vamos a pasar a todo dar juntos.

Un beso rápido selló el furtivo compromiso, poco antes de que la campana de término del recreo apresurara a todos los estudiantes a correr a sus salones.

En casa, Zoila se acercó a Dolores, quien se afanaba en terminar de limpiar la cocina. Enterada del altercado

de la mañana entre Dolores y Paulina, Zoila cuestionó a la empleada sobre los contínuos roces que protagonizaba con su hija.

—Dolores, te voy a pedir que por el bien de todos intentes llevarte bien con Pauli —dijo Zoila con seriedad.

—Lo siento señora, no volverá a pasar —respondió Dolores con angustia.

Al ver su reacción, Zoila intentó suavizar su reclamo.

—Dolores, espero que comprendas a mi hija —dijo Zoila, quien esa mañana lucía una elegante diadema en su cabello rubio—. Sé que está en la edad de la punzada y tiene cambios repentinos de humor, pero estoy segura de que no es mala niña.

—Lo sé señora —respondió Dolores—, la niña Paulina es bonita y buena. No se preocupe, le prometo que me voy a llevar mejor con ella, ya lo verá. No se preocupe deveras —repitió la mujer—, sé que Paulina está en la edad de la punzada como usted dice.

Más tarde, Zoila se dirigió a la recámara de Paulina para reprocharle el trato que daba a quien todos estos años había compartido con ella la responsabilidad de cuidarlas.

—Mamá, no me vas a regañar porque le hablé feo a la *chacha*, ¿verdad? —dijo la chiquilla dejando caer las tenazas con las que intentaba alisarse el pelo.

—Hiciste muy mal en levantarte así de la mesa en la mañana Paulina —le recriminó su madre—. Dolores no se merece que la insultes. Esos modales no son los

que tu padre y yo te hemos enseñado. Así que te vas a disculpar ahora mismo.

Sorprendida con las palabras de su madre, Paulina reaccionó con rabia.

—Pero mámá, ¡es la *chacha*!

—Paulina, ya basta. No la llames así. Si no te disculpas, olvídate del paseo con tus amigos al rancho de Toluca.

Paulina intentó no dar importancia a las amenazas de su madre. Mientras tanto, en la soledad de su cuarto, Dolores rezaba a la Virgen Morena para que las cosas fueran mejor, pues hacía muchos años que trabajaba en la casa de la señora Zoila sin que se hubiera registrado un solo problema.

Al día siguiente, Paulina —fingiendo buenas intenciones— se disculpó con ella. El desayuno transcurrió muy rápido, pues Zoila tenía agendada una reunión con la directora del colegio para afinar los detalles de la visita de los compañeros de Paulina al rancho de la familia en el Estado de México.

En la oficina de la directora, Zoila conoció a Arcelia, madre de Cristóbal, quien no perdió la oportunidad de ofrecer su amistad a la madre de quien ya se había convertido en su nuera.

—Me alegro de que nuestros hijos sean novios; tu hija es una niña muy hermosa —dijo Arcelia ante la cara de sorpresa que dibujó Zoila.

—Gracias Arcelia —respondió Zoila desconcertada— aunque no estaba enterada de la situación.

—¿Cómo? —dijo Arcelia abriendo los ojos—, pero si ya casi todo mundo lo sabe.

Al llegar a casa, Zoila se dirigió directamente al cuarto de su hija, quien apenas tuvo tiempo para bajar la tapa de su *lap top*, tratando de ocultar que se encontraba chateando con alguien.

—¿Ya terminaste la tarea? —preguntó Zoila con las manos en la cintura.

—Aún no, mamá —respondió Paulina mostrando cierto temor.

—Pero bien que has estado chateando —le recriminó su madre.

—Mamá, no empieces de neuras, mejor dime qué decidieron en la junta —dijo Paulina como para desviar el tema.

—Paulina, ¿hay algo que quieras decirme? —dijo Zoila, conteniendo su enojo.

Ante el silencio de la muchacha, quien buscaba evadir a toda costa la mirada de su madre, Zoila dijo sobresaltada:

—¿Por qué tengo que enterarme por otras personas de que tienes novio, Paulina?

Tratando de mostrar indiferencia, Paulina respondió:

—Ah, es eso. Bueno sí, Cristóbal se me declaró y le dije que sí. Me gusta, es un niño muy lindo.

—Tú no tienes edad para tener novio —le contestó su madre apartando el mechón rubio que caía sobre su frente.

—Obvio sí tengo edad mamá —dijo ofendida Paulina levantando la voz—. Tu mentalidad es de la edad de piedra.

—Por Dios, ¡ni siquiera has cumplido los quince! —dijo su madre, levantando las manos en señal de desesperación—: entiende hija, para todo hay edad en la vida, tú eres todavía una niña, no te brinques tus etapas.

Paulina intentó contener su ira y apretó los labios como queriendo no escuchar a su madre.

—Quiero que termines con ese muchacho —dijo Zoila contundentemente.

Comprendiendo que llevar la contraria a su madre no era la mejor de las estrategias, Paulina fingió resignación.

—Está bien mamá, voy a terminar con Cristóbal —dijo apartando la vista.

—Es mejor así, Pauli —dijo Zoila más calmada—. Después de que cumplas quince veremos. Voy a ver a tu hermana, ¿de acuerdo?

Esa noche, Dolores vio la luz prendida en el cuarto de Paulina y comprendió que la niña no había terminado la tarea, por lo que tras dejar una bolsa de basura en el patio, se dirigió sigilosamente a la recámara de la chica para taparla con una manta y comenzar a pegar los

recortes de cartulina para formar ciertas figuras geométricas.

—Paulina no valora todo lo que haces por ella —dijo Zoila al otro día, molesta por lo que había hecho la empleada. Esa misma mañana, Paulina se le había abalanzado cubriéndola de besos creyendo que había sido ella, su madre, la que se había desvelado pegando las figuras para la tarea de matemáticas.

—Señora —respondió Dolores—, yo siempre estaré pendiente de ellas y las cuidaré con todo mi amor.

La actitud de Paulina iba de mal en peor. Ese día, a la hora del recreo, Paulina y Cristóbal se reunieron en la parte trasera de la cafetería. "Vámonos de pinta", dijo Paulina. Sin disimular su excitación, Cristóbal asintió con la cabeza y planeó mentalmente la forma en la que saldrían de la escuela. Se tomaron de la mano y se dirigieron con sigilo hacia la zona de árboles cercanos a la puerta principal, la cual dejaban semiabierta de vez en cuando.

Para su mala suerte, la directora del colegio se acercó por el pasillo. Iba acompañada de una madre de familia y se detuvieron justo al lado de la cafetería. Para no ser decubiertos, Cristóbal y Paulina se agazaparon detrás de una pared. La plática versaba sobre el paseo que darían el sábado los alumnos de tercer año al rancho de la familia de Paulina a Toluca.

—En todos los años que llevo como directora, pocas veces he conocido una madre más pendiente de sus hijas —dijo la mujer.

—Pues claro, Zoila no tiene que trabajar, tiene tiempo y humor para esas cosas —respondió con celos la

madre de Rubí, compañera de Paulina—. Y sobre todo, tomando en cuenta que una de sus hijas es adoptada.

Una mueca de sorpresa se dibujó en el rostro de Cristóbal.

—Con razón —dijo Paulina abriendo enormemente los ojos pero tratando de mantener el control—. Por eso Diana y yo no nos parecemos en nada. Por eso no es rubia como yo, mamá y papá.

—Qué mala onda —dijo Cristóbal pensando en Diana —. Ha de ser bien feo que tu verdadera mamá te haya dado en adopción.

—O peor —dijo Paulina con aire de suficiencia—: que te haya abandonado porque no te quería.

Tratando de aprovechar el sobresalto que causó la noticia en la directora, los chicos se escabulleron por la línea de árboles. Al ver que las mujeres desaparecieron al entrar en la cafetería, no dudaron en salir a la calle.

Ya en una de las avenidas aledañas a la escuela, Cristóbal dijo:

—Debe ser feo no ser hijo de tus padres, ¿no?

—Pues a nosotras siempre nos han tratado igual — dijo Paulina, volteando de vez en cuando para constatar que nadie los seguía—. Pero eso no es lo que me tiene mal, sino que mi mamá no quiere que tú y yo andemos.

Molesto, Cristóbal se levantó el cabello que le caía en la cara.

—¿Y qué? ¿A poco le vamos a hacer caso a tu *ruca*? —dijo Cristóbal con gesto provocador.

—Obvio no —respondió Paulina—. Ya veré cómo le hacemos para andar sin que ella se entere.

Cuando sonó la chicharra para finalizar la hora del recreo, Diana comenzó a buscar a su hermana. Al no encontrarla, detuvo a Rubí, quien iba escuchando su *Ipod*.

—No te preocupes —le contestó Rubí ante la pregunta de Diana—. Debe andar feliz de la vida. Se fue de pinta con Cristóbal.

De la mano, Paulina y Cristóbal se percataron de que Dolores se dirigía al centro comercial a hacer las compras para la comida. Al verlos, Dolores cayó en la cuenta de que se habían escapado de la escuela.

—Condenado muchacho —dijo Dolores indignada—, deja a Pauli en paz.

—Señora, déjeme explicarle —intentó decir el muchacho.

Al ver que la empleada pretendía tomarla del brazo, Paulina reaccionó violentamente.

—No le expliques nada— dijo Paulina dirigiéndose a Dolores—. No voy a permitir que tú me rega-

—ñes o me des consejos. Sólo eres una *chacha*. Y deja de llamarme "Pauli", no tienes derecho.

Sorprendida por la reacción de Paulina, la mujer contuvo el llanto.

—Yo nunca he querido ocupar un lugar que no me corresponde —dijo Dolores.

—Pues entonces no opines como si fueras de la familia —contestó la chica—. Es una jalada que tenga que esperar a tener quince para tener novio. Mi mamá es una anticuada, así que ni se te vaya a ocurrir abrir la boca o te va a ir muy mal, ¿me oyes? Si le dices no sé que voy a hacer, pero de que te corren de la casa, te corren, ¿me escuchaste?

La mujer prometió no decir una sola palabra, pero rogó a Paulina que regresara a la escuela o, en todo caso, a la casa.

—Contigo ni a la esquina, qué horror que me vean con una india como tú —dijo la chica llena de ira, tomando a Cristóbal de la mano para entrar después en el centro comercial.

En el interior de la plaza, Cristóbal, sorprendido por la actitud de su novia, le dijo:

—Oye, Pauli, tal vez no debiste haber tratado tan mal a la muchacha.

—¿Qué no viste cómo se puso? —le recriminó Paulina —. Toda la vida se mete conmigo. Además, agarra la onda, es la *chacha*... Ash... No sé por qué todo mundo defiende a esa mugrosa sirvienta...

Paulina y Cristóbal regresaron a la escuela antes del toque de salida. Rubí les había guardado sus mochilas. Paulina se despidió de su amiga y subió a la camioneta

de su madre junto a su hermana, quien no le quitaba la vista de encima. Por la tarde, su mamá irrumpió en su cuarto sumamente molesta al enterarse de que Paulina había faltado a clases por irse de pinta con Cristóbal. Convencida de que había sido Dolores quien la había acusado con su mamá, Paulina entró hecha una furia a la cocina.

—¿Por qué te metes en lo que no te importa, Dolores? —gritó Paulina, quien dejó caer un libro de cocina que había estado revisando cuidadosamente.

—No sé de qué me hablas, Pauli —dijo la mujer con cara de sorpresa.

—No te hagas, tú fuiste quien le dijo a mi mamá que me fui de pinta con Cristóbal —dijo Paulina sin poder controlar su furia.

—No fui yo, aunque la verdad ganas de decírselo no me faltaron —respondió la mujer, volteando a ver el cuadro de la Virgen de Guadalupe que relucía a la luz de la tarde.

Sin contenerse, Paulina se abalanzó sobre ella dándole una sonora bofetada.

—¡Por tu culpa ahora estoy castigada, estúpida! —le gritó Paulina—. Eres una maldita metiche. ¡Te odio con toda mi alma!

Hecha un mar de llanto, Dolores vio a la niña salir rápidamente de la cocina, por lo que sólo alcanzó a decir con voz débil.

—Virgencita, ayúdame.

En ese momento, Diana, quien había oído los gritos en el pasillo, alcanzó a su hermana en su recámara.

—¿Qué le hiciste a Dolores? Tú siempre te empeñas en hacerla llorar, ¿qué le hiciste? —le dijo.

—No le hice nada. Además todo se lo merece esa... sirvienta. La odio. No la soporto. Tú no sabes, pero le fue con el chisme a mi mamá. Le dijo que me fui de pinta con Cristóbal.

—No seas tonta, no fue ella, fui yo quien le dijo.

—¡Por qué lo hiciste! —le reclamó Paulina fuera de sí.

—Lo hice por tu bien —dijo Diana—. Somos hermanas y no está bien lo que haces.

Sin poder contenerse más, Paulina explotó:

—¿Hermanas? No me llames así, ¡porque tú y yo no somos hermanas!

Llevándose la mano a la boca, Diana sólo alcanzó a decir:

—¿Qué dices?

—Digo la verdad —dijo Paulina—: tú y yo no somos nada porque eres adoptada. ¡Adoptada, me oíste!

"Adoptada". La palabra retumbó en su cabeza. Poco antes de romper en llanto, Diana trató de defenderse.

—No... no es verdad —dijo temblorosa.

—Lo siento —respondió con soberbia Paulina—. Ahora lo sabes, no eres hija de mis papás.

Al oír la conversación, Dolores corrió a la recámara.

—Paulina, ¡no le digas eso a Diana!

—Tú ni hables *chacha* inmunda —dijo Paulina lo más fuerte que pudo—, todo esto es culpa tuya.

Diana reaccionó:

—¿De dónde sacas que soy adoptada? —dijo sacudiendo a Paulina—. ¡Responde!

—Escuché a una de las mamás de mis compañeros decir que una de nosotras no es hija de nuestros papás —dijo Paulina empujando a su hermana.

—¿Y qué te hace pensar que soy yo? —interpuso Diana tratando de mantener el control.

Paulina tomó violentamente a Diana por los hombros y la arrastró al espejo de la sala para gritarle:

—¡Mírate, eres morena!... yo soy blanca y rubia como mis papás. En cambio tú...

Un silencio pareció invadir la casa. Dolores pasó su brazo por el hombro de Diana, quien no acertaba a decir ninguna palabra. Fue la temblorosa voz de la empleada la que rompió el silencio.

—No le hagas caso, Diana. Mejor vámonos a tu recámara —dijo Dolores dirigiendo su mirada hacia la chica rubia—: no está bien lo que haces Paulina, espero que nunca tengas que arrepentirte de haber hecho esto.

"Te vas a arrepentir... te vas a arrepentir", repitió Paulina con sorna. "Nada más eso me faltaba, que la *chacha* me amenace...", dijo mirándose al espejo complacida con la imagen que éste proyectaba.

Un par de días después, las cosas dieron un vuelco repentino. Absorta, Zoila leía *Cien años de soledad*, la novela del colombiano Gabriel García Márquez, quien en 1982 ganó el Premio Nobel de Literatura. En el momento justo en el que leía el pasaje en el que Remedios la Bella ascendía al Cielo, Diana se acercó a su mamá.

—Te amo mamá —dijo Diana en un bello acto de ternura.

—Yo también te adoro, hija —dijo Zoila un tanto extrañada por el corportamiento de la niña—. ¿Estás bien? —le preguntó Zoila—. Sí mami, sólo quería abrazarte antes de irme a dormir —respondió la chiquilla, quien minutos después, ya en la soledad de su recámara, comenzó a reflexionar.

—Paulina tiene razón. Soy diferente a ellos. Pero eso no quiere decir que yo no sea hija de mis papás, aunque que me hayan adoptado —dijo Diana sin dejar de ver una fotografía donde estaban los miembros de su familia—. No me importa, mi papá es mi papá y mi mamá es mi mamá. Y qué bueno que soy morena como la Virgen de Guadalupe a quien amamos todos los mexicanos.

Dolores había escuchado casualmente mientras barría el pasillo de las recámaras. No había podido evitar que un estremecimiento le recorriera el cuerpo. Sin pensarlo más, también invocó a la Morenita con todas

las fuerzas de su alma, le pidió que las cosas se quedaran como estaban, que nunca se supiera la verdad.

En ese mismo instante, la cocina comenzó a invadirse por luces celestiales pero a la vez imperceptibles al ojo humano, poco a poco una hermosa rosa blanca apareció, justo en el momento en que Dolores depositaba la taza con restos de té que Zoila había dejado en la sala. La flor llenó la cocina de un delicioso aroma. Dolores supo bien lo que estaba pasando.

—No debo tener miedo. Tú estás aquí para apoyarme —dijo Dolores dirigiendo su mirada a la Virgen Morena del Tepeyac que colgaba en la pared, experimentando una emoción que nunca había sentido.

El sábado muy temprano, Paulina se levantó a preparar sus cosas para la excursión que había acordado Zoila al rancho del tío Adalberto. Pocos minutos después, su madre irrumpió en su recámara.

—¿Para qué haces esa maleta...? —dijo Zoila con decisión—. Tú no vas a ir a ninguna parte. Estás castigada por irte de pinta.

—Mamá, no me hagas esto... ¡Por favor, déjame ir! —respondió Paulina subiendo el tono de voz.

—Eso debiste haber pensado antes de salirte de la escuela con ese muchacho, señorita —contestó Zoila.

Paulina repitió la estrategia de mostrar arrepentimiento.

—Mamá, por favor, ya aprendí la lección —dijo con una mueca de súplica. Dudando por un momento, su madre se cruzó de brazos apretando los labios.

—Está bien —dijo la mujer— pero prométeme que vas a dejar a ese muchacho, no quiero que te saltes tus etapas, ¿me lo prometes?

—Te lo prometo mamá —respondió Paulina esbozando una sonrisa de triunfo tan pronto su madre cruzó la puerta.

Mientras tanto, Diana contaba animadamente a Dolores la forma en la que los franceses, en 1862, entraron en la capital de México sin disparar un solo tiro mientras Benito Juárez gobernaba sabiamente en San Luis Potosí. "Qué bonito sería terminar mi primaria", dijo Dolores con una mueca soñadora. "Deberías hacerlo —dijo Diana—, en México hay educación para adultos". En ese preciso momento, Zoila, lanzó la orden:

—Dolores, empaca tus cosas, vas a acompañarnos al rancho de Toluca, el que era de mi hermano Adalberto.

En un principio, Dolores se negó, pero sin más remedio terminó aceptando.

—Ayúdame Virgencita —dijo de nuevo dirigiendo su mirada al cuadro de la Guadalupana.

Al mediodía de ese sábado, un montón de chicos de entre 13 y 14 años corrían por los amplios jardines del rancho de la familia. Habían terminado de montar a caballo, mientras las madres de familia y la directora tomaban algunos refrescos.

—Este lugar está de poca... —dijo uno de los muchachos.

—Les dije que la íbamos a pasar súper bien —dijo Paulina tratando de hacer que sus ojos color miel lucieran aún más con la luz del sol.

—¿Desde cuándo tiene tu familia este rancho? —preguntó Cristóbal mostrando una mueca de admiración.

—De toda la vida. Por generaciones y generaciones. Pertenecía a mi tío Adalberto, pero ahora es de toda la familia —contestó Paulina—. Estoy segura de que cuando sea más grande la heredaré.

Ante la cara de asombro de los chicos, Rubí dijo:

—Guau, Pauli, con razón en la escuela más de una se muere por ser tu amiga.

—Obvio —dijo Paulina —quieren ser mis amigas porque saben que vengo de una familia bien, no como muchas que son hijas de nuevos ricos.

Al mismo tiempo, en la sala, Dolores ayudaba a Diana a recogerse el cabello para que pudiera estar más a gusto entre los invitados, mientras la niña tomaba un portaretrato con la fotografía de su tío Adalberto.

—Qué señor tan guapo era mi tío —dijo la niña pasando un dedo por el cristal.

Mientras Dolores asentía con la cabeza, una anciana se abrió paso con una bandeja de aguas frescas que ofreció a la mujer y a la niña.

—Buenas tardes —dijo respetuosamente—. ¿Desean tomar una agüita de...? ¿Dolores? ¿Eres tú? —dijo la vieja reconociendo inmediatamente a Dolores, quien tensó un poco el rostro al ver la figura de la anciana.

—Sí, doña Casimira, soy yo —respondió sin poder ocultar su intranquilidad.

Al reparar en la niña de cabello negro que tenía enfrente, la anciana preguntó:

—¿Y esta niña tan bonita quién es? —dijo la mujer mayor.

—Yo soy Diana —respondió la niña extendiendo la mano cortésmente.

—¿Diana...? ¿Dianita? ¿La hija de...? —dijo la anciana poco antes de ser interrumpida abruptamente por Dolores, quien dejó caer el peine ante las palabras de la vieja.

Al oír las risas de los chicos que ya comenzaban a saltar a la alberca, Diana se despidió de la anciana. Apenas la niña salió de la sala, la vieja jaló a la sirvienta a un rincón.

—¿Qué está pasando Dolores? —dijo la mujer de avanzada edad—. Esa niña es la hija de...

Dolores no la dejó terminar.

—Venga conmigo doña Casimira. En la cocina le explico todo —dijo Dolores con el rostro completamente pálido.

Algunos chicos comenzaron a jugar a las sillas, siendo Rubí la encargada de parar la música repentinamente, mientras que en la cocina la anciana platicaba con Dolores.

—Tú si que ya ni la amuelas —le dijo Casimira—. Primero te sacrificaste con el niño Adalberto y ahora con la señora Zoila.

Limpiándose las lágrimas, Dolores respondió:

—No, la señora Zoila no sabe la verdad.

—¿Cómo? ¿No sabe nada? ¡Qué lío tan grande muchacha! —dijo la anciana moviendo la cabeza negativamente.

En ese momento, Paulina entró en la cocina buscando a Dolores.

—¡Dolores! No bajaste mi maleta de la camioneta. Vaya que eres tonta. ¡Con qué diablos crees que me voy a cambiar para meterme a la alberca! —dijo la chiquilla cuyos ojos color miel brillaron más.

—Te la traigo enseguida —respondió angustiada Dolores.

—¡Pero ahorita mismo! —gritó Paulina tronándole los dedos ante la mirada atónita de Casimira.

Molesta, la anciana no dudó en reprender a Paulina, mientras Dolores se alejaba a toda prisa.

—Como que a ti no te enseñaron modales —dijo la mujer cuyo cabello blanqueba en su totalidad.

Con un gesto de absoluto desdén, la muchacha respondió:

—¿Y tú quién diablos eres?

—Yo soy doña Casimira —dijo la anciana recargando su mano en la mesa.

—Ah... Debes ser la *chacha* del rancho —dijo Paulina con el dedo flexionado en señal de desprecio.

—Ninguna *chacha*, soy la cocinera —dijo doña Casimira—. Y más te vale que al menos respetes mis canas —agregó.

Con aire de superioridad, Paulina alzó la voz.

—Mire señora, conmigo no se meta. Soy hija de la dueña de este rancho. ¿Cómo la ve?

—Si yo fuera tú, no estaría tan segura —dijo la vieja cocinera—. Porque tal vez tú no eres hija de nadie.

Tratando de no dar importancia a las provocadoras palabras, Paulina respondió:

—Me confunde señora, la adoptada es Diana, no yo.

—Ah, ¿sí?... pues fíjate que no —repitió la anciana remarcando esta última palabra.

Dándole la espalda Paulina contestó:

—Usted qué sabe —dijo la chica.

—Lo sé porque llevo muchos años con tu familia y sé más cosas que las que tú puedas saber.

—¿Cómo qué? —dijo Paulina con altivez.

—Como que tú no eres hija de la señora Zoila... Eres adoptada...

En la cabeza de Paulina las palabras se escucharon en cámara lenta. Había tanta seguridad en la voz la vieja que cabía poco margen de duda. Sin poder disimular la palidez de su rostro, Paulina intentó defenderse violentamente.

—¡Vieja mentirosa! —dijo pegando un grito.

—¡Yo no soy ninguna mentirosa! —dijo la anciana—. Eres adoptada. ¡Adoptada! Para que salgas de dudas deberías preguntarle a tu mamá, para ver qué te dice.

—¡Hazte un lado, idiota! —gritó Paulina a Dolores, quien venía ya con su maleta.

Afuera, Arcelia, la mamá de Cristóbal, discutía con Zoila sobre el noviazgo de los muchachos, argumentando que su hija no tenía edad para andar con nadie. "¿Qué tiene de malo mi hijo?", dijo Arcelia, justo en el momento en que llegaba Paulina hecha un demonio.

—Mamá, ¡necesito hablar contigo! —dijo Paulina, empujando a una de las presentes.

—¿Qué te pasa hija? ¿Te hicieron algo? —se alarmó Zoila.

—No nada, pero necesito decirte algo, ¡ahora!, ¡y a solas! —dijo Paulina mirando de reojo a las otras madres de familia.

Mientras Zoila y Paulina se alejaban, una mamá con la mayor mala intensión de la que fue capaz comentó:

—Hete ahí la *maravilla* de hija que tiene Zoila.

—Es una majadera —concluyó Arcelia—. Pensándolo bien, a mí tampoco me gusta que mi hijo ande con una muchacha así.

—No debiste gritarme delante de las visitas —dijo Zoila en un rincón del patio, cerca de la palapa.

—Mira mamá, me valen las visitas —respondió Paulina con insolencia—. El mundo se acabó para mí —agregó con gesto melodramático—. Dime la verdad mamá, ¿es cierto que soy adoptada?

Llena de estupefacción, Zoila tartamudeó:

—¿Quién, quién, te dijo eso? —le preguntó, desconcertada.

—La *chacha* —dijo Paulina con amargura en el rostro.

—¿Dolores?

—No, la otra *chacha* —remarcó Paulina—. La ruca que trabaja de cocinera aquí.

Abruptamente Dolores apareció en la escena, interrumpiendo.

—Pauli, mi niña, no hagas caso. Casimira no sabe si vive o no. Por la edad dice cosas que no son ciertas.

Haciendo como que no escuchaba a la empleada, Paulina encaró a su madre de nuevo.

—Mamá, ¡respóndeme! ¿Es cierto que soy adoptada?

—No hija —dijo Zoila con indecisión sin dejar de mirar a Dolores—. No eres adoptada... Tú eres mi hija.

—Lo sabía —dijo Paulina levantando la cara—. Ahora voy a cambiarme, porque estoy hecha un asco y quiero entrar a nadar en "nuestra" alberca—: y tú, Dolores, no te atrevas a decirme otra vez "Pauli". ¿Qué parte de "no eres nada mío para decirme *Pauli*" no has entendido, eh?

Paulina desapareció hacia el interior de la casa.

—Casimira y tú tienen muchas explicaciones que darme —dijo Zoila a Dolores sin apartar su vista de ella.

Pero Zoila no era la única persona que necesitaba explicaciones. También las precisaba Diana, quien había escuchado todo oculta detrás de una columna.

Más tarde, mientras los compañeros de Paulina y sus mamás miraban una película, Zoila, Casimira y Dolores platicaban en la cocina. Preocupada, Casimira pedía perdón a Zoila.

—Por favor señora, no me corra —dijo Casimira limpiándose los ojos.

—No tenías derecho alguno de revelar ese secreto —respondió con disgusto la dueña de la casa.

—Lo siento señora —repitió la anciana—. Como bien dice Dolores, ya estoy vieja. Hay días que amanezco y no sé ni mi nombre. Perdóneme por favor.

Con la voz quebrada, Zoila rompió en llanto.

—Madre no es solamente la que engendra, sino la que cría, la que educa, la que protege y sobre todo la que ama a sus hijos. Yo he hecho todo eso con Diana y Paulina.

Ante la mirada temblorosa de Dolores, Zoila agregó.

—Yo amo a mis hijas —dijo finalmente.

Casimira no dudó en tomar la palabra.

—Señora, sé que fui muy tonta y bocafloja. Perdóneme, no me corra. ¿Qué voy a hacer a mis ochenta años en la calle? No me corra por la memoria de mi niño Adalberto, su hermano que tanto me quería.

—No te voy a correr Casimira —dijo Zoila tratando de calmarse ella misma—. No te voy a correr, no te preocupes.

—Gracias señora, gracias por ser tan buena —dijo la anciana tomando sus manos entre las suyas—. Por eso Dios la premió con su *güerita* y con Dianita, la hija de su hermano Adalberto y Dolores.

Un silencio inundó la cocina.

—¿Qué dices mujer? ¿Qué dices? ¿Que mi Dianita es hija de Dolores?

Sobresaltada, Dolores intentó desviar la atención.

—No le haga caso señora. Otra vez Casimira está diciendo tonterías. No le haga caso por favor...

—Sí señora, perdóneme —dijo la anciana percatándose de que una vez más había cometido una grave indiscreción—. Discúlpeme niña Zoila, soy tan bruta y tan vieja que ya no sé lo que digo.

Con un nudo en la garganta, Zoila dijo:

—Fue un error haber venido aquí. Será mejor regresar a México. Tú y yo hablaremos después —dijo dirigiéndose a Dolores.

Zoila salió al patio para tomar aire sin poder contener las lágrimas. Hacía mucho que no lloraba tanto. La última vez que lo hizo fue diez años antes en el panteón francés cuando su hermano Adalberto murió en un accidente automovilístico.

Esa tarde, en el panteón, su esposo Lorenzo y ella veían bajar el féretro de Adalberto, mientras cargaban a la pequeña niña que Adalberto había dejado huérfana, pues nunca quiso revelar la identidad de la madre. La niña de cabello negro y piel apiñonada quedaba ahora indefensa a sus escasos dos años de edad.

—No te apures Dianita —dijo Zoila conteniendo las lágrimas—, perdiste a tu papá y nunca supimos quién fue tu mamá, pero no estás sola, ahora me tienes a mí. No te preocupes, yo voy a ser tu mamá desde ahora y mi esposo tu papá. Ya verás chiquita, tendrás un hermoso hogar y nada te va a faltar.

En ese mismo patio, Zoila recordó también a Dolores, quien hacía poco había entrado a trabajar a casa de su hermano Adalberto y quien, ese día, en el panteón, le suplicó vehemente que la llevara con ella para ayudarla a cuidar a sus hijas.

—Por favor señora, lléveme con ustedes —dijo en aquella ocasión Dolores—. Yo puedo ayudarle a cuidar a las niñas. Además sé lavar, planchar, limpiar, hacer de comer. Ahora con Dianita y con la niña Paulina ya va a tener dos hijas y va a necesitar ayuda, por favor señora, llévenme con usted.

—Con razón —pensó Zoila en el rancho de Toluca—. Por eso Dolores insistió tanto en venir con nosotros. Dolores es la madre de mi Dianita —dijo, atando cabos.

Ya en México, Paulina bajó a tomar un vaso de leche a la cocina. Llevaba horas chateando con Cristóbal y otros chicos sobre lo bien que se la habían pasado en Toluca. Al llegar a la puerta, alcanzó a escuchar la plática que Dolores y su madre sostenían acerca de su tío Adalberto.

—Dolores, te he tratado bien todos estos años, ¿no es cierto? —dijo Zoila un tanto sobresaltada.

—Sí, señora, usted siempre ha sido muy buena conmigo —respondió Dolores implorando con la mirada a la Virgen para que la señora de la casa se calmara.

—Entonces háblame con la verdad —exigió Zoila mirándola directamemte a los ojos—. ¿Tú y mi hermano Adalberto tuvieron que ver? ¿Eres tú la mamá de Diana?

Sin poder contener el llanto, Dolores asintió con la cabeza, dudando en pronunciar lo que tenía que decir.

—Sí señora, yo soy su mamá...

—¿Y por qué mi hermano y tú nunca dijeron nada? ¿Por qué te has callado todos estos años? —dijo Zoila levantando la voz—. Contesta, Dolores, ¿por qué este silencio?

—¡Porque no merezco ser madre! ¡No me lo merezco! —gritó la empleada doméstica bañada en lágrimas.

—¿Qué es lo que me ocultas Dolores? ¡Habla de una vez! —dijo Zoila perdiendo la compostura.

La sirvienta tomó la imagen de la Morena y abrazándola dijo:

—Su hermano Adalberto y yo nos quisimos mucho. Mucho. Sólo que... —balbuceó un poco antes de continuar— sólo que él me conoció cuando yo trabajaba en un lugar en el que estaba obligada a prostituirme. Nunca supe por qué, pero él siguió visitándome, incluso me dijo que se había enamorado de mí, por lo que no dudé un segundo en escaparme de ese horrible lugar. Luego quedé embarazada de él... —la empleada tomó aire para poder terminar su historia—: Adalberto no me quiso lo suficiente, no quiso o no pudo casarse conmigo...

Estupefacta por lo que acababa de escuchar, Zoila preguntó:

—Por eso te llevó a vivir al rancho donde Diana nació, ¿no es cierto? —dijo Zoila con el tono más suave que pudo.

—Sí, y me quedé ahí trabajando como sirvienta. La única que supo todo esto fue doña Casimira —dijo Dolores perdiendo las fuerzas.

Zoila confirmó sus sospechas. Ésa había sido la razón por la que Dolores le había suplicado que la dejara venir a México.

—Yo no pido nada señora. Nada —dijo Dolores—. Más que me deje ver crecer a mi chamaca. Por favor no me vaya a correr —dijo la criada.

Conmovida, Zoila abrazó a la humilde mujer, quien ya comenzaba a sumirse en una creciente desesperación.

—Cálmate. Esto va a quedar entre nosotras. Diana y Paulina nunca deben enterarse que son adoptadas, que ninguna de las dos es hija mía...

El aire de la cocina pareció congelarse. El corazón de Paulina, quien permanecía oculta tras la puerta, sufrió una puñalada. El llanto cubrió su cara obligándola a abalanzarse hacia donde estaba Zoila.

—¿Entonces quién es mi mamá? —gritó sobresaltada Paulina.

—Paulina, hija... —balbució Zoila.

—¡No te atrevas a negarlo! —dijo la niña en un arranque de cólera—, lo acabo de oír todo. Diana es hija del tío Adalberto y de Dolores... ¿Y yo?... ¿De dónde me sacaste a mí, mamá? —agregó desesperada.

Zoila no supo qué hacer. Dolores apretaba aún más el cuadro de la Virgen comenzando a rezar en silencio.

—Pauli, por favor, vamos a calmarnos, ¿sí? —dijo Zoila intentando tranquilizarse ella primero.

—¡No, hasta que me digas quiénes son mis padres! —gritó la chica cuyos cabellos rubios por primera vez lucían diferentes a los de su madre adoptiva.

Zoila intentó abrazarla, pero Paulina lo impidió. Al ver esta reacción, la hermosa mujer respondió:

—No lo sé. Nunca supe quiénes fueron tus padres —dijo sintiendo que sus piernas no le respondían.

—¿Me abandonaron? —preguntó la niña envuelta en lágrimas.

—No hija. Nunca has sido abandonada porque yo soy tu mamá, la que te ama por sobre todas las cosas. Yo lo soy y lo seré siempre.

Dejando atrás toda su altivez, Paulina corrió a los brazos de su mamá adoptiva, a quien quería más que a ella misma. Zoila la recibió con risas de felicidad recordando aquel momento en que la vio por primera vez tan inquieta en la cuna del orfanato.

—Hija, te adoro. Te siento igual que si te hubiera cargado en mi vientre. Hasta en los momentos más difíciles te he amado.

—Sí mamá. Tú eres mi mamá —dijo Paulina limpiándose las lágrimas—. Tú eres mi mamá —repitió rodeándola con sus brazos con toda la fuerza de la que fue capaz.

—Gracias hija, gracias —dijo Zoila—. Vamos a seguir con nuestras vidas porque aquí no ha pasado nada. Nada. Esto no cambia el sentimiento que nos tenemos, ¿verdad?

—No mámá. No cambia nada. Vamos a seguir adelante. Perdóname por favor...

Aunque Paulina abrazaba a su mamá, Dolores se dirigió a ella, sin soltar nunca el cuadro de la Virgen Morena.

—Paulina —dijo la sirvienta—. Ya sé que no me quieres y que para ti soy tan sólo una india, una *chacha* como tú dices. Pero por lo que más quieras, no le digas a Diana nada.

Sin soltar las manos de su madre, Paulina se acercó a Dolores. Un viento suave y reparador jugueteó con el rostro y los cabellos de Paulina, obligándola a callar. Con lágrimas en los ojos apenas logró articular palabra:

—Mi... hermana es tan afortunada. Qué diera yo por saber que alguien como tú es mi verdadera madre. —Y en tono de súplica agregó—: ¿Puedes perdonarme Dolores, podrías perdonarme?

Con un arranque de felicidad suprema, Dolores se abalanzó sobre la niña, quien la recibió con los brazos muy abiertos.

—Claro que sí. Yo te quiero como si fueras también mi propia hija —dijo Dolores agradeciendo con todo su corazón el rumbo que tomaron las cosas, gracias a la Virgen del Tepeyac.

—De ahora en adelante llámame "Pauli" —dijo la niña con una ternura que sorprendió a las dos mujeres que no se daban cuenta de que un suave aroma a rosas había inundado la cocina.

—Las dos denme un abrazo —dijo Paulina volteando a ver la imagen de la Virgen que llevababa Dolores en las manos y clavando su mirada en la rosa blanca que desde hacía un par de días se mantenía fresca en el borde de la ventana.

Un destello iluminó toda la habitación, antes de que Dolores dijera en silencio:

"Mamá... qué maravillosa palabra... Por alguna razón lejana a las emociones y a los sentimientos, a algunas mujeres se nos niega la oportunidad de escuchar esa maravillosa palabra: 'Mamá'... la vida nos lleva por caminos que nunca quisimos recorrer, pero que nos obligaron a caminar. Otras mamás eligen serlo cuando la naturaleza les ha negado la dicha de ser madres... y a veces es más mamá la que educa, la que protege, que la mamá que se niega la divina oportunidad de quedarse con el hijo que trajo al mundo... Mamá... como nuestra Santa Mamá de Guadalupe quien siempre está a nuestro lado para que nunca tengamos miedo... Mamá que nos toma de la mano y nos manda una rosa con una nota que dice: *Con todo mi amor...*"

Poco a poco la rosa blanca fue desapareciendo, había escuchado una nueva súplica, un nuevo llanto, un nuevo milagro de amor.